

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

Libro VII

DESDE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN HASTA LA
REBELIÓN JUDÍA DE CIRENE

(septiembre del 70-74 d. C.)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.^a NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.

ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

LIBRO VII

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE

57 (5) Ναῖος
69 (20) ἰδίαν
80 (1) Οὐίτιλλος

180 (3) φύει
259 (2) τι ἐπίνοια
329 (20) μετασχόντες *

NUESTRO TEXTO

Γναῖος Bekker
ἠδεῖαν *Versio Latina*, Hudson
Κιουίλιος *Versio Latina*, Gele-
nius
ὄς φύει Destinon
τις ἐπινοία Thackeray
μετασχόντες παρανομίας *M*

SINOPSIS

DESDE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN HASTA LA REBELIÓN JUDÍA DE CIRENE (septiembre del 70-74 d. C.)

1. Jerusalén es arrasada. – 5. Alabanzas y recompensas al ejército romano. – 21. Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo. – 26. Simón es apresado. – 37. Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito. – 41. Los judíos de Antioquía. – 54. El incendio de Antioquía. – 63. Vespasiano es aclamado en Roma. – 75. Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano. – 89. Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente. – 96. Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía. – 112. Tito se apodera de Jerusalén. – 116. Tito se dirige a Roma. – 121. Triunfo de Vespasiano y Tito. – 132. El cortejo triunfal en Roma. – 153. Ejecución de Simón. – 158. Erección del Templo de la Paz. – 163. Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores. – 190. El asedio de Maqueronte por Baso. – 210. Batalla de Jardenes. – 216. Vespasiano impone un tributo a los judíos. – 219. Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración. – 225. Cesenio Peto invade Comagene. – 238. Antíoco hace la paz con Vespasiano. – 244. Los alanos invaden Media y Armenia. – 252. Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios. – 280. Descripción de la fortaleza de Masadá. – 304. El asedio de Masadá. – 320. Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discur-

sos. — 389. Los judíos de Masadá se suicidan. — 402. Los romanos entran en Masadá. — 407. Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría. — 420. Final del templo de Onías en Egipto. — 437. Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo. — 454. Epílogo a la *Historia de la guerra de los judíos*.

*Jerusalén
es arrasada*

Cuando el ejército no tenía ya a nadie ¹
a quien matar ni nada que saquear y
cuando su furor carecía de todo aliciente,
pues si hubieran tenido algo en que ocu-
parse no se habrían abstenido ni habrían
tenido ningún miramiento con nada, César ordenó demoler
toda la ciudad y el Templo y dejar en pie las torres ¹ Fasael,
Hípico y Mariamme, que eran más altas que las demás, y toda
la parte de la muralla que cercaba a la ciudad por el oeste.
Esta última habría de servir de campamento para la guarni- ²
ción que quedara allí, mientras que las torres tendrían la fi-
nalidad de mostrar a la posteridad cómo era la ciudad y cómo
era la fortificación sobre la que se impuso el valor
romano. Los encargados de la demolición allanaron la tota- ³
lidad del resto del recinto de la ciudad de tal forma que los
que vinieran a este lugar no creerían que éste hubiera sido
habitado alguna vez ². Éste fue el final de Jerusalén, ciudad ⁴
ilustre y renombrada entre todos los hombres, que provocó
la locura de los sediciosos ³.

¹ Cf. VI 409-410.

² Josefo exagera esta destrucción de Jerusalén: en la actualidad aún se conserva una parte del muro sur, otra del occidental, el famoso Muro de las Lamentaciones, y un pequeño resto de la zona oriental.

³ Los hechos narrados en este libro VII, que seguramente es un añadido posterior al relato específico de la guerra de los judíos, coinciden

5 César decidió dejar allí como guarnición la legión décima⁴, algunos destacamentos de caballería y algunas cohortes de infantería. Después de haber ya solucionado el conjunto de los asuntos bélicos, deseaba felicitar a todo su ejército por sus éxitos y dar las recompensas merecidas a los que habían destacado en la
6 contienda. Levantó una gran tribuna en medio del primer campamento⁵, se subió a ella con sus generales para que todas sus tropas le escucharan y les manifestó su profunda gratitud por la buena disposición que en todo momento habían
7 demostrado. Les alabó por la obediencia, así como por la valentía, que durante toda la guerra habían tenido en medio de muchos y grandes peligros. De esta forma ellos habían contribuido a aumentar el poder de su patria y habían demostrado ante todos los hombres que ni el número de los

con TÁCITO, *Historias* III-V, y DIÓN CASIO, LXVI. Los sucesos de la Galia y Germania, el tema de los alanos o el de Comagene son totalmente ajenos al ámbito estrictamente judío, aunque responden a una actitud filorromana y de veneración a la dinastía Flavia profesada por Josefo. Sobre las posibles fuentes de este libro véase el apartado 4 de la Introducción.

⁴ La *X Fretensis*. El comandante de esta legión, en un principio Sexto Vetuleno Cereal y luego Lucilio Baso, será al mismo tiempo el gobernador de la provincia, al tratarse del único destacamento estacionado en el lugar. Estos gobernadores tenían rango pretoriano y sólo en un período posterior, cuando fue acuartelada en Judea la legión VI *Ferrata* y el legado de la misma dejó de ser simultáneamente gobernador, la provincia adquirió un rango consular. Fue eliminada la anterior subordinación a los gobernadores de Siria y el nombre oficial de la provincia continuó siendo el de Judea, como lo atestiguan las monedas (cf. nota a VII 157), aunque más tarde la denominación habitual será *Syria Palaestina*; cf. H.-G. PFAUM, «Remarques sur le changement de statut administratif de la province de Judée», *Israel Exploration Journal* 19 (1969), 225-233.

⁵ Este primer campamento se había levantado frente a la torre Psefino (cf. V 133).

enemigos ni sus fortificaciones ni la grandeza de las ciudades ni la audacia irracional ni la bestial crueldad del adversario serían capaces de escapar nunca al valor de los romanos, aunque algunos de los enemigos con frecuencia se encontrarán con que la Fortuna estaba de su lado. Añadió ⁸ también que era un honor que ellos hubieran concluido la guerra, que duraba ya mucho tiempo, pues, cuando la empezaron, no deseaban un resultado mejor que éste. Sin embar- ⁹ go, para ellos más glorioso y brillante que este hecho era el que todos habían aceptado gustosos a los que ellos mismos habían elegido y enviado a su patria⁶ para dirigir y administrar el Imperio romano, el que todos aprobaban sus decisiones y estaban agradecidos a los que habían hecho esta elección. En consecuencia, dijo que admiraba y quería a ¹⁰ todos, pues sabía que ninguno de ellos había demostrado un ardor menor del que había podido. Manifestó que enseguida ¹¹ concedería las recompensas y los honores a los que habían luchado brillantemente con un vigor inmenso, a los que habían adornado su vida con proezas y a los que con sus éxitos habían dado una gloria mayor a su ejército. Añadió que ninguno de los que habían querido esforzarse más que otros se vería privado de su justo premio. En efecto, ésta iba a ser ¹² para él la mayor preocupación, pues prefería recompensar el valor de los que le habían acompañado en la guerra que castigar sus errores.

Inmediatamente ordenó a los que tenían asignado este ¹³ cometido leer la lista de los que habían actuado con distinción en la guerra. A cada uno le llamaba por su nombre, les ¹⁴ alababa según se le iban acercando y se alegraba como si se tratara de sus propios éxitos. Les impuso coronas de oro, collares, pequeñas lanzas también de oro y les hizo entrega

⁶ Es decir, la dinastía de los Flavios; cf. IV 601-604.

15 de estandartes fabricados en plata. A cada uno de ellos le ascendió a un grado superior. Por otra parte, les repartió también del botín una gran cantidad de plata, de oro, de vestidos y de otros objetos conseguidos en los saqueos. Cuando todos recibieron sus honores, según el propio Tito había considerado que lo merecía cada uno, éste expresó sus votos por el bienestar de la totalidad de su ejército, bajó entre una inmensa aclamación y celebró los sacrificios en acción de gracias por la victoria. Inmoló todos los bueyes que en gran cantidad habían sido dispuestos en los altares y se los repartió al ejército para el banquete. Tito en persona participó con sus oficiales de la fiesta durante tres días, luego envió al resto⁷ de sus fuerzas allí donde le pareció más conveniente y a la décima legión le encomendó la guardia de Jerusalén sin mandarla de nuevo al Éufrates, que es donde antes estaba⁸. Al recordar que la duodécima legión, que dirigía Cestio, se había retirado ante los judíos⁹, la sacó de todo el territorio sirio, pues antes había estado en Rafanea¹⁰, y la envió a la llamada Melitene¹¹, que está junto al Éufrates en los límites de Armenia y Capadocia. Consideró oportuno que dos legiones, la quinta y la decimoquinta, se quedaran con él hasta que llegara a Egipto. Bajó con su ejército a Cesarea Marítima, dejó allí el grueso del botín y ordenó poner

⁷ La legiones V *Macedonica*, XII *Fulminata* y XV *Apollinaris*; cf. III 65 y V 41.

⁸ Sobre la guarnición del Éufrates, véase nota a V 44.

⁹ La derrota de la legión XII *Fulminata* a las órdenes de Cestio se ha narrado en II 500 ss.

¹⁰ Ciudad de la Siria Superior, al noroeste de Emesa.

¹¹ Región y ciudad de Capadocia, a orillas del Éufrates, en la que se estableció uno de los campamentos fronterizos del Imperio. Trajano embellecerá y acrecentará la importancia de este enclave.

bajo custodia a los prisioneros de guerra, pues el invierno impedía navegar a Italia ¹².

*Vespasiano
en Italia.
Tito en Cesarea
de Filipo*

Cuando Tito César se hallaba dedica- 21
do al asedio de Jerusalén, Vespasiano em-
barcó en una nave mercante y viajó desde
Alejandría a Rodas. Desde allí navegó en 22
trirremes, pasó por todas las ciudades del
recorrido, que le recibieron con júbilo, se trasladó de Jonia a
Grecia y, luego, de Corcira ¹³ al promontorio de Yapigio ¹⁴,
desde donde continuó el trayecto por tierra. Tito partió de 23
Cesarea Marítima y se dirigió a la llamada Cesarea de Fili-
po, en la que permaneció durante mucho tiempo y donde
ofreció todo tipo de espectáculos. En esta ciudad perecieron 24
muchos prisioneros de guerra, unos fueron arrojados a las
fieras y a los demás se les obligó a luchar en grupos unos
contra otros, como si fueran enemigos ¹⁵. En aquel lugar 25

¹² *Autobiografía* 417-421 añade algunos detalles que no están consignados en este relato, como es el hecho de la preocupación de Josefo por algunos de sus familiares y compatriotas. A petición del historiador Tito perdonó a tres de sus amigos que acababan de ser crucificados en el camino de Técoa.

¹³ Actual isla de Corfú.

¹⁴ La península Tarentina, en Apulia, en el extremo sudeste de Italia.

¹⁵ Estas crueles diversiones romanas venían desarrollándose en territorio palestino desde épocas anteriores, aunque sin la participación en ellas de víctimas judías. A partir del reinado de Herodes son muchos los lugares en los que se levantaron anfiteatros (el de Jericó, I 666; Cesarea, I 415, y el de Alejandría, II 490), ya que este monarca era aficionado a organizar luchas de fieras, según recuerda *Antigüedades* XV 273. Las costumbres religiosas hebreas rechazaban la participación y la asistencia a estos espectáculos, como muy bien lo expresa el *Salmo* 1, 1-2; *I Macabeos* 1, 14-15; *II Macabeos* 4, 9-17 o el Talmud (*Berakot* IV 2, 7 d); en general sobre los espectáculos públicos en tierras judías véase nota a I 415.

Tito también se enteró de la captura de Simón, hijo de Giora, que tuvo lugar de la siguiente manera ¹⁶.

26

*Simón
es apresado*

Este Simón, que estaba en la Ciudad Alta durante el asedio de Jerusalén, cuando el ejército romano llegó al interior de las murallas y devastó toda la ciudad, tomó entonces a sus amigos más fieles y con ellos también a unos picadores de piedra, así como la herramienta necesaria para su trabajo y provisiones que pudieran ser suficientes para muchos días, y con todos ellos se escondió en un subterráneo que no estaba a la vista. Avanzaron dentro toda la profundidad de la antigua galería y, cuando se encontraron con tierra firme, la minaron con la esperanza de poder continuar más adelante y salvarse tras hacer un agujero de salida en un lugar seguro. Sin embargo, la realidad de los hechos demostró que esta esperanza era falsa, pues cuando los minadores apenas habían avanzado un poco con dificultad, las provisiones estaban ya a punto de acabarse, aunque las tenían racionadas. Entonces Simón, que pensaba engañar a los romanos dándoles un susto, se revistió de una túnica blanca, se abrochó encima un manto púrpura y salió de debajo de la tierra ¹⁷ en aquel mismo lugar en el que antes estaba el Templo. Al principio, los que lo vieron se llenaron de asombro, luego se aproximaron a él y le preguntaron quién era. Simón no les respondió nada, sino que mandó llamar a su general. Rápidamente corrieron a avisarle y se presentó Terencio Rufo, que tenía encomendado el mando del ejército. Éste se enteró por boca de Simón

27

28

29

30

31

¹⁶ Esta captura se ha mencionado en VI 433.

¹⁷ Para ello se sirvió de una de las múltiples galerías subterráneas que había debajo del Templo y de la ciudad de Jerusalén; cf. nota a VI 71.

de toda la verdad, le puso encadenado bajo custodia e informó a César de cómo había sido capturado. En castigo por la crueldad que había ejercido contra sus conciudadanos, que él había dirigido con una tiranía tan terrible, Dios puso a Simón a merced de sus peores enemigos. No cayó en sus manos a la fuerza, sino que se entregó voluntariamente al suplicio, después de que él mismo había ejecutado cruelmente a muchos judíos bajo la falsa acusación de pasarse a los romanos. En efecto, la maldad no escapa a la cólera de Dios ni es débil su justicia, sino que el tiempo persigue a los que han actuado en contra de ella y da a los culpables su más severo castigo, cuando creían haberse librado ya de ella por no haber sido castigados inmediatamente. Esto es lo que aprendió Simón al caer bajo el furor de los romanos. Además, el hecho de que saliera de debajo de la tierra propició en aquellos días el descubrimiento de un gran número de otros sediciosos en las galerías subterráneas. Simón fue conducido lleno de cadenas ante César, que había regresado a Cesarea Marítima. Este último ordenó que le guardaran para la celebración del triunfo que se preparaba en Roma.

*Espectáculos
con prisioneros
judíos en
Cesarea y
Berito*

Durante su estancia en Cesarea, Tito festejó con esplendor el cumpleaños de su hermano¹⁸, en cuyo honor ejecutó una gran cantidad de prisioneros judíos. El número de los que perecieron luchando con las fieras, abrasados por las llamas y en peleas entre ellos alcanzó más de dos mil quinientos. No obstante, aunque les aniquilaban de múltiples formas, a los romanos esto les parecía un castigo menor. A continuación César llegó a Berito,

¹⁸ Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51 d. C.

una ciudad fenicia colonia de los romanos¹⁹. Allí hizo una parada más larga y celebró con una brillantez aún mayor el aniversario de su padre²⁰ con magníficos espectáculos y con otros dispendios que desplegó con ingenio. Al igual que ocurrió antes, también fue ejecutada una gran cantidad de prisioneros de guerra.

41 Por aquel entonces sucedió que los judíos, que se habían quedado en Antioquía, fueron acusados y corrieron el peligro de ser aniquilados, pues se alzó contra ellos la ciudad de los antioqueños a causa de las calumnias que entonces se habían levantado contra ellos y por los acontecimientos que habían tenido lugar no mucho antes²¹. Hay que hablar brevemente sobre estos hechos, para que así sea más fácil la comprensión de lo que ocurrió después.

43 La nación judía estaba muy diseminada entre la gente de todo el orbe habitado, sobre todo estaba fusionada de una forma destacada en Siria por la proximidad de este país y era muy numerosa en Antioquía debido al tamaño de esta ciudad y, en especial, porque los reyes que sucedieron a Antíoco²² habían procurado seguridad a los judíos para vivir allí. Pues Antíoco, llamado Epífanés²³, devastó Jerusalén y

*Los judíos
de Antioquía*

¹⁹ Berito (Beirut) recibió el título de colonia con Augusto por su apoyo a Roma en las campañas bélicas de Oriente Próximo. Allí estuvieron asentadas las legiones V *Macedonica* y VIII *Augusta*.

²⁰ El 17 de noviembre Vespasiano cumplía sesenta y un años.

²¹ Sobre la importante comunidad judía de esta ciudad puede consultarse la obra de G. DOWNEY, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, 1961, págs. 382 ss.

²² Antíoco I Soter (280-261 a. C.), hijo de Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía Seléucida.

²³ Antíoco IV Epífanés (175-164 a. C.).

saqueó el Templo²⁴, mientras que los que accedieron al trono después de él devolvieron a los judíos de Antioquía todas las ofrendas de bronce, las depositaron en su sinagoga²⁵ y les otorgaron participar de la ciudadanía en igualdad de condiciones que los griegos²⁶. Los monarcas posteriores les trataron de la misma forma, por lo cual los judíos aumentaron en número y embellecieron el Templo con ornamentos y con magníficas ofrendas²⁷. Constantemente atraían a un gran

²⁴ En el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

²⁵ La sinagoga, que más tarde será el centro del judaísmo, apenas aparece en la obra de Josefo (cf. II 285, *Contra Apión* II 75 o *Antigüedades* XIX 300), frente a las numerosas menciones en el *Nuevo Testamento*, en Filón de Alejandría y en las inscripciones. La sinagoga era conocida también con el nombre griego de *prosechné* y *proseuché* en la Diáspora (cf. FILÓN DE ALEJANDRÍA; *Contra Flaco* 41, 47-49, *III Macabeos* 7, 20, y *Autobiografía* 277), mientras que en Palestina se emplea el vocablo, también griego, *synagogé* (equivalente al hebreo *bet kneset*), referido aquí por nuestro historiador, y cuyo significado originario de «congregación» pasa en esta época a significar «casa de reunión». A juicio de algunos autores Josefo no muestra interés por las sinagogas, porque no llegó a comprender el movimiento sinagoga que en estos momentos cobraba fuerza; cf. G. F. MOORE, *Judaism in the first century of the christian era. The age of Tannaim*, Cambridge, 1950, I, págs. 281-307, y A. MOMIGLIANO, «Cio che Flavio Giuseppe non vide», *Biblioteca di Storia Antica* 9 (1980), 9-21; en general sobre esta institución véase la compilación de trabajos de J. GUTMAN (ed.), *The Synagogue*, Nueva York, 1974.

²⁶ Según anota JOSEFO en *Contra Apión* II 39, fue Seleuco I Nicator el que concedió el derecho de ciudadanía a los judíos de Antioquía.

²⁷ En VI 335 se han descrito estas ofrendas. Este Templo sólo puede ser el de Jerusalén, él único al que podía venerar toda la nación judía. Sin embargo, tampoco podría descartarse del todo el hecho de que se tratara de la sinagoga de Antioquía, que pudo haber heredado alguno de los ornamentos del Templo de Jerusalén confiscados por Antíoco Epifanes. La unión entre el Templo y la propia existencia de los judíos era tan fuerte que se llegaron a erigir algunos templos al margen del de Jerusalén, como fue el de Leontópolis (cf. VII 421-425), el de los samaritanos del monte

número de griegos a sus ritos religiosos y de algún modo éstos formaban ya parte de la comunidad judía²⁸. En el preciso momento en que estalló la guerra, nada más desembarcar Vespasiano en Siria y cuando el odio contra los judíos estaba en su punto álgido en todos los lugares²⁹, entonces un tal Antíoco, un judío muy respetado a causa de su padre, que era el jefe³⁰ de esta comunidad en Antioquía, entró en el teatro, cuando estaba reunida la asamblea de los antioqueños, y denunció a su padre y a otros bajo la acusación de que habían decidido quemar toda la ciudad en una sola noche. Asimismo entregó a algunos judíos extranjeros que habían sido cómplices de la conspiración. Cuando el pueblo escuchó estas palabras, no contuvo su cólera, sino que ordenó prender fuego inmediatamente a los culpables que les habían traído. Enseguida todos ardieron en el teatro. Luego arremetieron contra la multitud judía, pues creían que la única manera de salvar a su patria era castigar con la mayor rapidez a aquella gente. Antíoco alimentaba aún más su cólera e hizo sacrificios a la manera de los griegos, pues pen-

Garizim (cf. III 307) o el de Qasr el Abad en Transjordania, levantado por el Tobiada Hircano a finales del siglo III a. C.

²⁸ Éste es uno de los pocos testimonios, recogidos en la literatura, de proselitismo judío, al que hay que añadir el caso de las mujeres de Damasco reseñado en II 560. No obstante, el proselitismo judío era activo en Roma y en toda la cuenca del Mediterráneo, como parece testimoniar Mateo 23, 15 o *Contra Apión* II 282. Las mujeres eran las más adeptas a convertirse al judaísmo: tal es el caso de Fulvia, una dama de la nobleza romana de Tiberio (cf. *Antigüedades* XVIII 82), y quizá el de la esposa de Nerón Popaea (cf. *Antigüedades* XX 195); cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976, págs. 206 y 278.

²⁹ Cf. III 29 ss.

³⁰ Este magistrado, jefe de la comunidad judía, está atestiguado en ciudades de Asia y de Egipto. El cargo era anual y su elección tenía lugar en la fiesta de los Tabernáculos.

saba que esto demostraba su cambio y su odio contra las costumbres judías. Ordenó que obligaran a los demás a hacer lo mismo, pues de esta forma se pondría en evidencia a los conspiradores al negarse a ello. Los antioquenos se sirvieron de esta prueba: pocos fueron los judíos que acataron esta prescripción y los que no la aceptaron fueron ejecutados. Antíoco, que había recibido soldados de parte del general romano, se comportó cruelmente con sus propios conciudadanos: no les dejó cumplir con el descanso sabático³¹, sino que les obligó a realizar todas las tareas que hacían los demás días³². Les forzó a ello con tanto rigor que el descanso del sábado no sólo fue abolido en Antioquía, sino que en poco tiempo partiendo de allí se extendió igualmente a otras ciudades³³.

*El incendio
de Antioquía*

A estos males que acaecieron por aquel entonces a los judíos de Antioquía vino a añadirse una segunda desgracia, para cuya exposición hemos narrado los acontecimientos precedentes. Cuando tuvo lugar el incendio del Mercado Cuadrado, de las residencias de los magistrados, de los archivos y de las basílicas³⁴,

³¹ Cf. nota a IV 99.

³² Cf. nota a IV 99.

³³ *Antigüedades* XII 121 refiere el episodio de una revuelta antijudía en Alejandría, en la que la población gentil de la ciudad solicitó a Vespasiano y Tito la abolición de los derechos de ciudadanía de los judíos, que finalmente no fue otorgada por los príncipes romanos.

³⁴ Augusto, Agripa, Herodes y Tiberio embellecen esta ciudad, cuyo artífice había sido Antíoco IV, con diversas construcciones romanas: el mercado, ágora o foro del barrio de Epifania, la basílica de César, el panteón, un teatro, un anfiteatro, termas, templos y otros edificios públicos; véase el estudio de J. LASSUS, «La ville d'Antioche à l'époque ro-

y cuando a duras penas se sofocó el fuego que con gran fuerza se extendía por toda la ciudad, entonces Antíoco
56 acusó de esta acción a los judíos. Aunque antes no hubieran tenido ninguna enemistad contra los hebreos, los habitantes de Antioquía, afectados por lo sucedido, enseguida habrían dado crédito a esta calumnia, pero ahora, con mucha más razón, por los hechos ocurridos anteriormente se inclinaron a creer las palabras de Antíoco, casi como si
57 ellos hubieran visto a los judíos propagar el fuego. Todos se lanzaron contra los acusados con una inmensa rabia
58 igual que si se hubieran vuelto locos. Con dificultad pudo contener sus ímpetus un tal Gneo Colega³⁵, legado del gobernador, que pidió permiso para informar a César de lo
59 ocurrido. Pues aún no había llegado Cesenio Peto³⁶, al que
60 había enviado Vespasiano como gobernador de Siria. Colega llevó a cabo una concienzuda investigación y descubrió la verdad: ninguno de los judíos acusados por Antíoco
61 había participado en los hechos, sino que algunos individuos criminales, forzados por las deudas que tenían, habían maquinado todo, pues pensaban que si prendían fuego al Mercado y a los archivos públicos, se librarían de
62 las reclamaciones. Por su parte los judíos, por las acusaciones que pesaban sobre ellos y por la incertidumbre sobre el futuro, se hallaban inmersos en un mar de terribles angustias.

maine d'après l'archéologie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 54-102.

³⁵ Fue cónsul en el año 93 d. C.; cf. Tácro, *Agrícola* 44.

³⁶ Fue cónsul en el 61 d. C. Más adelante, VII 219 ss., se narrará su campaña contra Antíoco, rey de Comagene.

*Vespasiano es
aclamado en
Roma*

Tito César, cuando le llegó la noticia ⁶³ de que su padre había sido recibido por muchas ciudades italianas como una persona anhelada y de que en especial Roma le había acogido con gran entusiasmo y brillantez, se llenó de una inmensa alegría y satisfacción y con mucho gusto se vio libre de las preocupaciones que por él tenía. Cuando Vespasiano aún se hallaba lejos, todos los ⁶⁴ habitantes de Italia le estimaban en su interior, como si ya hubiera venido. Tantas eran las ganas que tenían de verlo que para ellos la espera de su visita significaba ya su llegada y sentían por él un afecto libre de toda coacción. Pues el Se- ⁶⁵ nado, por el recuerdo de las desgracias ocurridas durante los cambios de emperadores³⁷, estaba muy deseoso de recibir a un príncipe investido del prestigio de la vejez³⁸ y de la gloria de las hazañas militares y además sabía que su ascenso al poder sería únicamente para la salvación de sus súbditos. Por su parte, el pueblo, cansado de las guerras civiles, de- ⁶⁶ seaba aún con más ahínco que él viniera, pues esperaba entonces librarse plenamente de las calamidades y confiaba conseguir la seguridad al mismo tiempo que la prosperidad. El ejército era el que sobre todo tenía puestos sus ojos en él, ⁶⁷ pues en especial los soldados conocían la magnitud de sus éxitos bélicos. Como ellos habían sufrido la incapacidad y la cobardía de los otros emperadores, deseaban desprenderse de tanto oprobio y pedían que se aceptara al único que podía salvarlos y devolverles el honor. Ante la buena disposición que había por parte de todos los personajes más emi- ⁶⁸

³⁷ Cuatro emperadores, Nerón, Galba, Otón y Vitelio, entre los años 68 y 69.

³⁸ Vespasiano acababa de cumplir sesenta y un años (cf. VII 39), y su edad había sido uno de los elementos que había pesado en su aclamación como emperador; cf. IV 592.

nentes no pudieron esperar más, sino que se apresuraron a ser los primeros en saludarle a bastante distancia de Roma. 69 El resto de la gente no se resistió a aplazar su encuentro con Vespasiano, sino que todos en tropel salieron de la ciudad, pues les parecía que era más simple y fácil partir que quedarse. Fue entonces la primera vez que la ciudad tuvo la alegre sensación de quedarse sin sus habitantes, habida cuenta de que eran menos los que permanecieron en ella que los que 70 salieron. Cuando se dio la noticia de que Vespasiano estaba cerca y cuando los que se habían anticipado informaron de la afabiliadad con que él había tratado a todos ellos, el resto de la población sin excepción, junto con sus mujeres e hijos, 71 salieron a recibirlo a los caminos. La gente, a la que el emperador se iba acercando, por la alegría de verlo y la manse- dumbre que se desprendía de su persona, profería todo tipo de exclamaciones y le llamaba benefactor, salvador y el único que era digno de ser emperador de Roma. Toda la ciudad, como un templo, estaba repleta de guirnaldas e in- 72 cienso. Una vez que a duras penas, a causa de la multitud que le rodeaba, pudo entrar en el palacio, él en persona hizo sacrificios a los dioses del hogar en acción de gracias por su 73 llegada. La multitud se dispuso a festejarlo. Se celebraron banquetes por tribus, familias y grupos de vecinos y suplica- ron con libaciones a Dios³⁹ para que Vespasiano permaneciera durante el mayor tiempo posible en el principado de

³⁹ El sincretismo religioso de Flavio Josefo hace que incluso los propios romanos veneren al Dios hebreo, en lugar de a sus dioses patrios, aunque en este caso hay que contar con la divinización de la elección de Vespasiano y de los Flavios como emperadores, que nuestro autor viene argumentando a lo largo de toda la obra con ingredientes mesiánicos judíos. Nuestro autor anuncia una Roma eterna dentro la ideología difundida por el Imperio. En *Antigüedades* X 276-277, Flavio Josefo hace a Daniel profetizar la victoria de Roma sobre los judíos.

Roma y para que sus hijos y los descendientes de éstos conservaran siempre el poder sin que nadie se les opusiera. Así 74 recibió afectuosamente a Vespasiano la ciudad de Roma y pronto llegó a una gran prosperidad.

*Insurrección en
Germania y
en la Galia.
Petilio Cereal
y Domiciano* Antes de este momento, cuando Ves- 75
pasiano estaba en Alejandría y Tito con-
tinuaba con el asedio de Jerusalén, una
gran parte de los germanos fue inducida a
la rebelión⁴⁰. Los galos vecinos hicieron 76

causa común con ellos y compartieron sus grandes esperanzas de liberarse también del yugo romano. A los germanos 77 les empujó a la rebelión y a emprender la guerra en primer lugar su propia naturaleza, carente de buen juicio y dispuesta a lanzarse al peligro a la menor esperanza⁴¹. En se- 78 gundo lugar el odio que sentían hacia sus dominadores, pues saben que su nación sólo ha sido sometida a la fuerza a la esclavitud por los romanos⁴². Sin embargo, la ocasión del momento es lo que más valor les dio de todo. En efecto, 79 veían que el Imperio Romano estaba agitado por dentro por los continuos cambios de emperadores y sabían que todas las regiones del mundo habitado, que estaba en su poder, estaban expectantes y revueltas. Por tanto creyeron que a causa de las desgracias y de las disensiones de los romanos éste era para ellos el mejor momento. Dieron impulso a su 80 decisión y les abrumaron con esas esperanzas dos de sus je-

⁴⁰ Estos acontecimientos aparecen también en Tácro, *Historias* IV 12-37, 54-79 y V 14-26. Ahora bien, la rebelión de Germania y Galia no tienen nada que ver con la guerra de los judíos, sino que más bien parece un añadido de Josefo para ilustrar las hazañas de Vespasiano y Tito.

⁴¹ Cf. Tácro, *Germania* XIV.

⁴² Esta conquista ha sido recordada en el tan mencionado discurso del rey Agripa; cf. II 377-378.

81 fes, un tal Clásico y un tal Vitelio, que desde hacía mucho tiempo ansiaban abiertamente esta revuelta. Enardecidos por la ocasión de la situación presente expusieron su plan y tenían la intención de poner a prueba a las enfervorizadas masas.

82 Cuando la mayoría de los germanos estaba ya de acuerdo con la revuelta y el resto no manifestó su oposición a ella, Vespasiano, como si le inspirara una Providencia divina, envió una carta a Petilio Cerealio⁴³, que había sido antes legado de Germania, en la que le concedía la dignidad consular y le encomendaba partir para hacerse cargo del go-

83 bierno de Britania. Mientras Cerealio iba de camino hacia donde se le había mandado, se enteró de la rebelión de los germanos. Cayó sobre ellos, cuando ya estaban reunidos todos sus efectivos, les presentó batalla, mató a un gran número de ellos y les obligó a olvidarse de su locura y a entrar en

84 razón. Aunque Cerealio no se hubiera apresurado por llegar tan rápidamente a aquel lugar, los germanos iban a pagar su

85 castigo en un corto espacio de tiempo. Pues tan pronto como llegó a Roma la noticia de su revuelta, César Domiciano, enterado de ello, a diferencia de otras personas de su edad, pues era demasiado joven, no dudó en hacerse cargo

86 de un asunto de tan grande envergadura. Inmediatamente se puso en marcha contra los bárbaros, él que poseía el valor innato de su padre y que se había forjado una experiencia

87 superior a su edad. Los germanos, cuando oyeron hablar de su llegada, se asustaron y se entregaron a él, pues veían que el mayor beneficio que podían sacar de su miedo era caer de

88 nuevo bajo el mismo yugo sin sufrir más desgracias. Tras reestablecer el orden en todos los asuntos de la Galia de un

⁴³ Este pariente de Vespasiano, que había participado en la guerra de Britania, es enviado de nuevo a este lugar en el año 71 d. C. como gobernador; cf. Τάκτιο, *Agrícola* VIII 17.

modo apropiado, de manera que en el futuro ya no sería fácil volver a sublevarse en aquella zona, Domiciano volvió a Roma con una gloria y una fama por sus hazañas, superiores a lo que era propio de su edad, pero dignas de su padre⁴⁴.

En los mismos días de la revuelta de 89
Los sármatas los germanos, que acabo de exponer, tuvo
invaden Mesia. lugar un acto de audacia de los escitas
Rubrio Galo contra los romanos. Entre los escitas, los 90
les hace frente llamados sármatas⁴⁵, que eran muy nu-
 merosos, cruzaron el Istro⁴⁶ sin ser vistos e invadieron la
 otra orilla⁴⁷. Cayeron contra los romanos con gran violencia
 y dureza por lo absolutamente inesperado de su ataque y
 mataron a muchos de los romanos de la guarnición. Ejecuta- 91
 ron también al legado consular Fonteyo Agripa⁴⁸, que salió
 a su encuentro a luchar valerosamente. Recorrieron todos
 los territorios de la provincia asolando y saqueando cuanto
 se encontraron. Cuando Vespasiano tuvo noticia de estos 92

⁴⁴ La actuación de Domiciano en estos hechos se presenta en términos bastante exagerados, en la conocida línea de propaganda flaviana de nuestro autor, si lo comparamos con el relato paralelo de TÁCITO, *Historias* IV 85-86, o el testimonio de SUTTONIO, *Domiciano* II.

⁴⁵ Los sármatas no eran escitas, pero desde el siglo III a. C. habían sometido a estos últimos y ocupaban el antiguo territorio escita de las grandes llanuras de la Europa oriental. El influjo cultural y político de Escitia se hacen sentir en un campo muy extenso, hasta el punto de que los autores de la Antigüedad, al confundir conceptos geográficos con étnicos, consideran escita, y posteriormente sármatas, a todas las tribus que habitaban esta zona del este europeo.

⁴⁶ El Danubio.

⁴⁷ TÁCITO, *Historias* IV 54, simplemente menciona, sin dar más detalles, esta guerra de los sármatas.

⁴⁸ Procónsul de Asia en el año 69 y gobernador de Mesia en el 70; cf. TÁCITO, *Historias* III 46.

hechos y de la devastación de Mesia, envió a Rubrio Galo⁴⁹
 93 para castigar a los sármatas. Muchos perecieron a manos
 suyas en los combates y los supervivientes se refugiaron
 94 llenos de miedo en su propia región. De esta forma el gene-
 ral puso fin al conflicto bélico y se preocupó de la seguridad
 futura, pues distribuyó por la comarca guarniciones más
 numerosas y más fuertes de modo que a partir de entonces
 95 los bárbaros no pudieran atravesar el río. Así la guerra de
 Mesia tuvo un rápido desenlace.

Tito César permaneció durante un
 96 *Tito*
recorre Siria.
Su estancia en
Antioquía
 tiempo en Berito, según hemos dicho an-
 tes⁵⁰, desde allí se puso en marcha y en
 todas las ciudades de Siria, por las que
 pasó, ofreció fastuosos espectáculos, en
 los que hizo uso de los prisioneros judíos para que se mata-
 ran entre ellos a la vista de todos. Durante el trayecto vio un
 97 río, cuya naturaleza merece la pena detallar. Éste discurre
 entre Arcea⁵¹, en el reino de Agripa⁵², y Rafanea, y presenta
 98 una particularidad sorprendente. Es muy abundante su cau-
 dal, cuando fluye, y no es lenta su corriente, sin embargo de
 pronto durante seis días sus fuentes se agostan y ofrece todo
 99 él el aspecto de un lugar seco. Luego, como si no se hubiera
 producido ningún cambio, en el séptimo día vuelve a fluir
 igual que antes. Se ha observado que siempre sigue exacta-

⁴⁹ Tácito, *Historias* II 51 y 99, cita a este personaje en la guerra de Otón contra Vitelio.

⁵⁰ Cf. VI 39.

⁵¹ Ciudad del nordeste de Trípoli, en el Líbano, conocida ya desde el siglo xiv (cf. *Génesis* 10, 17 y *Antigüedades* I 138) e identificada con la actual Arqa; cf. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 4.

⁵² En la descripción del reino de Agripa, en III 56-58, no se menciona la ciudad de Arcea.

mente este orden, por lo que se le ha dado también el nombre de Sabático en alusión al séptimo día de la semana, que es sagrado para los judíos⁵³.

Cuando los habitantes de Antioquía se enteraron de que Tito estaba cerca, por la alegría que tenían no aguantaron quedarse dentro de las murallas, sino que se apresuraron a salir a su encuentro. Avanzaron lejos de la ciudad más de treinta estadios no sólo los hombres, sino también una multitud de mujeres junto con sus hijos. Nada más verle llegar, colocados a ambos lados del camino, le tendieron sus manos, le saludaron con todo tipo de aclamaciones y se dieron la vuelta para ir con él a Antioquía. Entre todas estas aclamaciones le pedían sin cesar que expulsara a los judíos de la ciudad. Tito no aceptó sus demandas, sino que escuchó sus palabras en silencio. No obstante, los judíos tenían un gran y terrible miedo al no tener claro lo que él pensaba y lo que iba a hacer. Pues Tito no se quedó en Antioquía, sino que rápidamente se puso en camino hacia Zeugma⁵⁴, en el Éufrates, donde acudieron también emisarios enviados por Vologeses⁵⁵, rey de los partos, para llevarle una corona de oro por su victoria sobre los judíos. Tito la aceptó, agasajó a la delegación real con un banquete y desde allí retornó a Antioquía. El Senado y el pueblo de los antioquenos le pidieron insistentemente que acudiera al teatro, donde le esperaba toda la población que allí se había congregado. Él ac-

⁵³ PLINIO, *Historia natural* XXXI 24, describe las peculiaridades de este río, pero en sentido contrario a como lo hace aquí Josefo, pues en el autor romano el río fluye durante todos los días de la semana excepto el sábado, en que se seca. Probablemente se trataría de una de tantas fuentes que manaban de forma intermitente en Siria y Palestina y que en este caso se ha llegado a identificar con el río Neba el Fuarr.

⁵⁴ En la orilla derecha del Éufrates superior, frente a Apamea, con la que estaba unido por medio de un puente de barcas.

⁵⁵ Vologeses I, del que se hablará con más detalle en VII 237 y 242.

108 cedió con amabilidad. Como de nuevo ellos le insistieron
 con mucha pertinacia y le pidieron repetidamente que echa-
 ra a los judíos de la ciudad, él les dio la siguiente respuesta
 109 atinada: «Pero es que su patria, donde era preciso enviarles,
 dado que son judíos, ha sido destruida y ya no hay ningún
 110 lugar que pueda acogerlos.» Los antioquenos renunciaron a
 esta primera petición y le hicieron una segunda. Le solicita-
 ron que acabara con las tablillas de bronce, en las que esta-
 111 ban escritos los derechos de los judíos. Pero Tito no accedió
 tampoco a ello, sino que dejó como estaba anteriormente la
 situación de los judíos en el territorio de Antioquía y se di-
 rigió a Egipto.

112 En el trayecto se acercó a Jerusalén.
 Al comparar su triste aspecto abandonado
 frente al esplendor que antes tenía la ciudad,
 y al recordar la grandeza de las construc-
 ciones demolidas y la belleza de antaño
 113 se lamentó por la destrucción de la ciudad. No se vanaglori-
 ó, como hubiera hecho otro, de haberla tomado por la
 fuerza, a pesar de ser tan grande y tan poderosa, sino que
 muchas veces había maldecido a los culpables de haber ini-
 ciado la revuelta y de haber propiciado este castigo contra
 Jerusalén. Así de claro era que no había querido hacer mani-
 festación de su propio valor con las desgracias de la gente
 114 que fue castigada⁵⁶. Entre los escombros de la ciudad aún se
 encontró una cantidad no pequeña de las muchas riquezas
 115 que en ella había. Los romanos desenterraron un gran número
 de ellas, la mayor parte las consiguieron por las indica-

⁵⁶ Hasta el final de la obra se mantiene la apología de Tito y se destacan sus cualidades humanas, en especial la compasión; cf. apartado 5 de la Introducción.

ciones que les dieron los prisioneros de guerra: oro, plata y otros objetos de gran valor que sus dueños habían escondido bajo tierra en previsión de los inciertos avatares de la guerra.

Tito continuó el viaje fijado a Egipto 116 y llegó a Alejandría tras atravesar lo más rápidamente posible el desierto⁵⁷. Como 117 *Tito se dirige a Roma* decidió navegar hasta Italia, volvió a enviar las dos legiones⁵⁸ que le acompañaban a los lugares de donde procedían: la quinta a Mesia y la decimoquinta a Panonia. Entre los prisioneros de guerra 118 eligió a sus jefes, Simón y Juan, y otros setecientos hombres, que destacaban por su estatura o belleza, y ordenó conducirlos inmediatamente a Italia, pues quería llevarlos consigo en la celebración del triunfo. Cuando concluyó la travesía 119 por mar según era su deseo, Roma le dio una acogida y un recibimiento igual a lo que había hecho con su padre⁵⁹, aunque para Tito lo más glorioso fue que su padre en persona saliera a su encuentro a recibirlo. La multitud de los ciuda- 120 danos se llenó de una alegría sobrenatural al ver juntos entonces a los tres príncipes⁶⁰.

⁵⁷ Este trayecto, incluido el mencionado desierto, ha sido descrito en IV 659-663. SUETONIO, *Tito* V, narra el viaje de Jerusalén a Egipto y la noticia de que Tito se ciñó en Menfis la diadema, según uno de los ritos de Apis, y que a raíz de ello corrió el rumor de que pretendía coronarse emperador de Oriente. Tras las escalas de Regio y Puteoli, Tito llegó a Roma, donde Vespasiano se sorprendió de la rápida llegada de su hijo, que quería desmentir en persona los falsos rumores.

⁵⁸ La V y la XV; cf. VII 19.

⁵⁹ Cf. VII 63 ss.

⁶⁰ Vespasiano, Tito y Domiciano.

- 121 *Triunfo*
de Vespasiano
y Tito No muchos días después determina-
ron celebrar en común un solo triunfo por
sus victorias, aunque el Senado había de-
cidido por votación festejar uno para cada
122 uno de ellos. Cuando llegó el día fijado
en el que iba a tener lugar la solemne procesión de la victo-
ria, ninguno de los numerosísimos habitantes de la ciudad se
quedó en casa, sino que todos salieron fuera y ocuparon los
lugares donde sólo podían caber de pie, sin dejar más que el
espacio necesario para que pasara la comitiva que iban a
ver.
- 123 Todo el ejército, por centurias y cohortes, a las órdenes
de sus jefes salió cuando aún era de noche y se detuvo no en
las puertas del palacio de arriba⁶¹, sino cerca del templo de
Isis⁶², pues es allí donde habían pernoctado entonces los
124 emperadores. En el momento en que ya amanecía salieron
Vespasiano y Tito coronados con laurel y revestidos con los
tradicionales ropajes de púrpura y se dirigieron a los Pórti-
cos de Octavia⁶³. Allí aguardaban su llegada el Senado, los
125 magistrados de alto rango y los miembros del orden ecues-
tre. Se había erigido delante de los pórticos una tribuna, en
la que había sillas de marfil para los príncipes. Éstos se
acercaron y se sentaron en ellas. Enseguida el ejército los
126 aclamó y todos dieron numerosos testimonios de su valor.
Los príncipes no llevaban armas, estaban revestidos de seda
127 y coronados de laurel. Vespasiano, después de recibir los ví-
tores de sus súbditos, que aún querían manifestarle más, hi-

⁶¹ El palacio del Palatino.

⁶² El Templo de Isis y Serapis había sido construido por Caligula en el año 38 en el Campo de Marte.

⁶³ Cecilio Metelo erigió en el 147 a. C. estos pórticos en la ladera oeste del Capitolio, junto al teatro de Marcelo. Augusto los reconstruyó y dedicó a su hermana Octavia en el 23 a. C.

zo una señal de silencio. Se produjo entonces en todos una 128
 profunda calma; él se levantó, se cubrió con el manto la
 mayor parte de la cabeza y pronunció las acostumbradas
 oraciones. Lo mismo hizo también Tito. Después del rezo 129
 Vespasiano dirigió a todos los congregados unas breves pa-
 labras y dejó ir a los soldados a tomar el banquete que se
 acostumbra a ofrecerles por parte de los emperadores. Él 130
 mismo se retiró hacia la puerta que recibe su nombre por el
 hecho de que por ella pasan siempre las comitivas del triun-
 fo⁶⁴. Allí los tres comieron algo, se pusieron las vestimentas 131
 triunfales, hicieron sacrificios a los dioses que están situa-
 dos junto a la puerta y llevaron la procesión del triunfo a
 través de los teatros, para que la multitud pudiera verlo con
 mayor facilidad.

*El cortejo
 triunfal
 en Roma*⁶⁵

Es imposible describir, como se me- 132
 rece, la cantidad de aquellos espectáculos
 y su magnificencia en todo lo que uno
 podría imaginarse por sus obras de arte,
 por sus diversos tipos de opulencia y por
 su peculiar naturaleza. Pues aquel día se habían reunido pa- 133

⁶⁴ La *Porta Triumphalis*, que seguramente estaba situada entre la *Porta Flumentana* y la *Porta Carmentalis*, no lejos del río Tíber (para su localización véase L. RICHARDSON, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1992, pág. 301). En este punto es donde los generales romanos vencedores, tras pasar por la *Via Triumphalis*, deponían los haces y el *imperium* y entraban en la ciudad; cf. CICERÓN, *Contra Pisón* 55, TÁCITO, *Anales* I 8, Suetonio, *Augusto* 100, y DiÓN CASIO, LVI 42.

⁶⁵ Sobre el ritual e itinerario de este acto, civil y religioso, de acción de gracias del vencedor en honor a Júpiter Óptimo Máximo pueden consultarse las obras de E. MAKIN, «The triumphal route with particular reference to the Flavian Triumph», *Journal of Roman Studies* 11 (1921), 25-37, y H. S. VERSNEL, *Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the Roman Triumph*, Leiden, 1970.

ra demostrar la grandeza del Imperio romano casi todas las riquezas que alguna vez han tenido los hombres más felices, objetos asombrosos y muy valiosos, conseguidos uno a uno
134 y en diversos lugares. Se podía ver una gran cantidad de plata, oro y marfil labrada en todo tipo de formas, que no era transportada como en una procesión, sino que, por así decirlo, corría como el caudal de un río. Se llevaban tejidos de la más extraña púrpura y otros bordados con la técnica babilonia con representaciones figurativas de gran realismo.
135 Eran tantas las piedras preciosas transparentes que había en el cortejo, unas engastadas en coronas de oro y otras en diversas joyas, que no tendría sentido que consideráramos a
136 ninguna de ellas como una rareza. Asimismo eran transportadas las estatuas de sus dioses⁶⁶, admirables por su grandeza y realizadas con un arte de gran nivel. Ninguna de ellas estaba hecha de un material que no fuera precioso. Iban muchas especies de animales, recubiertos todos ellos de los ornamentos apropiados. Igualmente iba revestida de ropajes
137 de color púrpura y tejidos con oro la multitud de hombres que transportaban cada uno de estos grupos de animales. Los que habían sido seleccionados para ir en la propia comitiva del triunfo llevaban sobre ellos una vestimenta mara-
138 villosa y muy suntuosa que destacaba sobre el resto. Además se podía contemplar cómo la muchedumbre de los prisioneros de guerra iba bien ataviada. La variedad y belleza de sus ropajes no dejaban ver la angustia que producían
139 la vejaciones sufridas en sus cuerpos. Lo que más admiración causaba del desfile triunfal era la disposición de los ta-

⁶⁶ Se refiere a los dioses romanos, lo que indica que en este caso concreto Josefo se presenta como un judío, no como un romano. Sobre el conflicto de nuestro autor a la hora de escribir su historia como un judío, como un romano, como un griego o como un «extranjero», véase nota a V 17.

blados⁶⁷ que llevaban, pues a causa de su tamaño provocaban temor y desconfianza por su seguridad durante su transporte. Muchos de ellos estaban compuestos de tres y cuatro 140 pisos, y la suntuosidad de su estructura producía a la vez placer y miedo. Gran parte de estos andamiajes estaban recubiertos de telas de oro y todos estaban rodeados por incrustaciones de oro y marfil tallado. La guerra, que aparecía re- 141 presentada en sus diversos episodios por muchas escenas, propiciaba un visión muy realista de sí misma. Se podía con- 142 templar un país próspero devastado, escuadrones de enemigos muertos al completo, unos que huían y otros que eran llevados como prisioneros, murallas de una altura extraordinaria demolidas por las máquinas, fortificaciones muy sólidas conquistadas, recintos de ciudades llenos de gente totalmente arrasados, un ejército que penetraba en el interior 144 de los muros, un lugar totalmente sembrado de muerte, las súplicas de los enemigos que no eran capaces ni de levantar sus brazos, el fuego que ardía en los templos, casas que se venían abajo encima de sus dueños, y, tras una gran desola- 145 ción y abatimiento, se podían contemplar ríos que corrían no a través de una tierra cultivada ni servían para beber a los hombres ni a los animales, sino que lo hacían por medio de una región que ardía en llamas por todos lados. Esto era lo que iban a sufrir los judíos por haberse entregado a la guerra. El arte y el gran tamaño de estas reproducciones mos- 146 traban los acontecimientos a los que no los habían visto, como si hubieran estado presentes en ellos. Sobre cada uno 147 de los decorados estaba representado el general de la ciudad conquistada, tal y como había sido capturado. Detrás seguían

⁶⁷ El término griego es *pégmata*, o el latinizado *pegma*, que se utiliza para designar las máquinas y escenarios teatrales móviles.

148 muchas naves⁶⁸. Los demás despojos iban todos juntos sin orden, pero de entre ellos destacaban los que habían sido cogidos del Templo de Jerusalén: una mesa de oro⁶⁹, cuyo peso era de varios talentos, y un candelabro también de oro, que tenía una forma diferente de la que acostumbramos a
 149 usar nosotros⁷⁰. La barra central partía de un pie y de ella salían unos delgados brazos, cuya disposición era muy parecida a la de un tridente, y cada uno de ellos tenían en su extremo una lámpara hecha de bronce. Estos brazos eran siete, para aludir al valor que este número siete tiene entre
 150 los judíos⁷¹. A continuación era transportado el último de los
 151 despojos, la Ley de los judíos⁷². Detrás marchaban muchos hombres que llevaban las estatuas de la Victoria, todas ellas
 152 hechas de marfil y oro. A continuación desfilaba en primer lugar Vespasiano y en segundo lugar Tito; Domiciano cabalgaba con ellos, vestido con distinción y con un caballo que era digno de verse⁷³.

⁶⁸ Con estas naves se quería conmemorar la famosa batalla naval del lago de Gennesar; cf. III 522 ss.

⁶⁹ La mesa de los doce panes de la proposición; cf. V 217.

⁷⁰ Estos objetos han sido descritos en V 216 ss. y actualmente pueden verse en los relieves del Arco de Tito en Roma, levantado tras la muerte del emperador por Domiciano en el año 85.

⁷¹ El número siete y sus múltiplos simbolizan la idea de abundancia, de perfección y de totalidad. Es la cifra sagrada por excelencia. Con ella se rige el curso del tiempo: la semana (*Éxodo* 31, 15) o el año sabático (*Levítico* 25, 1.7). Asimismo, el número siete aparece con frecuencia en rituales y se asocia a objetos sagrados (cf. *Levítico* 1, 6-17 y *Tobías* 12, 15); cf. M. LURKER, *Wörterbuch Biblischer Bilder und Symbole = Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia*, Córdoba, 1987, págs. 213-214.

⁷² El propio Josefo había pedido salvar otros ejemplares de esta Ley, es decir, de los libros del Pentateuco, después de la destrucción de Jerusalén; cf. *Autobiografía* 418.

⁷³ Cf. Suetonio, *Domiciano* II.

*Ejecución
de Simón*

La procesión triunfal acabó en el templo de Júpiter Capitolino. Llegados allí se detuvieron, pues una antigua costumbre de la patria mandaba permanecer en ese lugar hasta que se anunciara la ejecución del general de los enemigos. Éste era Simón, el hijo de Giora, que entonces había desfilado entre los prisioneros de guerra. Con una cuerda al cuello lo arrastraron hacia un lugar sobre el Foro⁷⁴, mientras era azuzado por los que le llevaban. Existe una ley romana que prescribe ejecutar allí a los que han sido condenados a muerte por sus crímenes. Cuando se dio a conocer que ya había muerto, todos aclamaron y comenzaron los sacrificios. Los príncipes, después de celebrarlos con las acostumbradas oraciones, se retiraron al palacio. Éstos invitaron a determinadas personas a un banquete, mientras que todos los demás tenían dispuestos en su casa los preparativos para el festín. Pues la ciudad de Roma celebró ese día la victoria de su ejército sobre los enemigos, el final de sus discordias civiles y el comienzo de sus esperanzas de prosperidad⁷⁵.

⁷⁴ La cárcel Mamertina, al noroeste del Foro. En la estancia superior aguardaban los acusados la celebración del juicio, mientras que en la inferior, llamada *Tullianum*, estaban los presos por delitos capitales y allí solían ser ejecutados.

⁷⁵ Vespasiano y Tito acuñaron monedas con el lema *Judaea capta, Juadaea victa*, en las que estaba representada una mujer llorosa sentada bajo una palmera y detrás de ella un legionario romano. DIÓN CASIO, LXVI 7, 2, sugiere que los Flavios no tomaron el apelativo de *Judaicus* por la existencia de la Diáspora judía a lo largo y ancho del Imperio romano; una discusión sobre este aspecto puede verse en P. KNEISSL, *Die Siegestitulatur der römischen Kaiser*, Gotinga, 1969, pág. 42, y SMALLWOOD, *The Jews...*, págs. 329-330.

158

*Erección
del Templo
de la Paz*

Después de festejar el triunfo y de consolidar con firmeza el Imperio romano, Vespasiano decidió levantar un templo a la Paz⁷⁶. En muy poco tiempo se terminó esta construcción, que presentaba un aspecto por encima de lo que podía concebir la mente humana. Utilizó en él las extraordinarias riquezas de su propiedad y, además, lo embelleció con las obras más destacadas de la Antigüedad en pintura y escultura. En efecto, en aquel templo fueron reunidos y expuestos todos los objetos que antes los hombres para verlos tenían que recorrer todo el orbe habitado, porque deseaban contemplar estas piezas, que estaban unas en un país y otras en otro. También colocó allí como ofrenda los vasos de oro del Templo de los judíos, de los que estaba orgulloso⁷⁷. Ordenó guardar en su palacio la Ley hebrea⁷⁸ y los velos de púrpura del santuario⁷⁹.

⁷⁶ El Templo de la Paz fue levantado en el año 75, según noticia de DIÓN CASIO, LXV 15, al sudeste del Foro, entre la *Via Sacra* y la *Via Carinae*. Este evento es uno de los argumentos utilizados para fechar la composición de la obra; cf. el apartado 3 de la Introducción. Un incendio destruyó este templo en tiempos de Cómodo (cf. HERODIANO I 14, 2).

⁷⁷ WILLIAMSON, en su traducción, anota cómo estos objetos fueron robados por los vándalos y llevados al norte de África en el 455, recuperados en Constantinopla en el 534 por Belisario y cómo luego han permanecido en una iglesia de Jerusalén hasta el siglo x, fecha en que ya no se vuelve a saber nada de ellos.

⁷⁸ Cf. VII 150.

⁷⁹ Cf. V 212, 219 y VI 389-390.

*Lucilio Baso toma
la fortaleza del
Herodio.
Descripción de
Maqueronte y
sus alrededores*

Lucilio Baso, que había sido enviado 163
como legado a Judea y que había recibido
el ejército de manos de Cereal Vetilia-
no⁸⁰, conquistó la fortaleza del Herodio⁸¹
con sus ocupantes. A continuación deci- 164
dió ir contra Maqueronte⁸² con la legión
décima y con todas las tropas que había reunido, pues esta-
ban dispersas en numerosos destacamentos. Era muy neces-
ario destruir esta fortaleza, para que la sólida posición de
este lugar no empujara a rebelarse a muchos judíos. Efecti- 165
vamente, la naturaleza del lugar era muy apropiada para
producir en los que la ocupaban una firme esperanza de sal-
vación, así como dudas y miedo en sus atacantes. Pues la 166
parte amurallada es una altura rocosa tan elevada que hace
imposible su expugnación y, por su parte, la naturaleza ha-
bía procurado que también fuera inaccesible. Por todos los 167
lados estaba rodeada por barrancos cuya profundidad era in-
sondable, y no era posible atravesarlos fácilmente ni relle-
narlos con terraplenes por ningún sitio. El valle que bordeaba 168
la fortaleza por occidente se extendía sesenta estadios⁸³ y
acababa en el lago Asphaltitis⁸⁴. La misma Maqueronte tenía
en esta dirección su cima más elevada, que destacaba sobre
todas las demás. Los barrancos del Norte y del Sur eran de 169
una dimensión inferior a la del que acabamos de describir,
aunque también era imposible atacar a través de ellos. La pro- 170

⁸⁰ Aunque los manuscritos transmitan la lectura de Vetiliano, el personaje no puede ser otro que Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión durante el ataque del monte Garizim; cf. III 307-315.

⁸¹ Cf. nota a IV 518.

⁸² Esta fortaleza, situada en la extremidad nordeste del Mar Muerto, era una de las más importantes de Judea, según la opinión de PLINIO, *Historia natural* V 16, 72; cf. también *Antigüedades* XVIII 119.

⁸³ Poco más de 11 kilómetros.

⁸⁴ Otro de los nombres dados al Mar Muerto.

fundidad del barranco de la parte oriental no era menor de cien codos⁸⁵ y acababa junto a una montaña que estaba situada enfrente de Maqueronte.

171 El rey de los judíos, Alejandro⁸⁶, cuando observó esta
situación natural del lugar, fue el primero que levantó allí
una fortaleza, que luego destruyó Gabinio⁸⁷ en su lucha
172 contra Aristobulo. Herodes, durante su reinado, consideró
que este lugar era el que merecía más atención de todos para
ser fortificado con solidez a causa de su proximidad con los
árabes, ya que estaba situado en un punto estratégico frente
173 al país de aquéllos. Rodeó con murallas y torres un amplio
espacio y edificó allí una ciudad, desde donde un camino
174 subía a la parte alta. La cima la rodeó también de una mura-
lla y en sus esquinas colocó torres de sesenta codos cada
175 una de ellas. En medio del recinto construyó un magnífico
176 palacio por la grandeza y belleza de sus aposentos. En los
lugares más apropiados dispuso numerosas cisternas que re-
cogieran el agua de la lluvia y que pudieran suministrarla
con abundancia, como si de esta forma él mismo quisiera ri-
valizar con la naturaleza para superar con fortificaciones
hechas por el hombre la inexpugnabilidad de aquel lugar.
177 Además guardó en este lugar una gran cantidad de armas
arrojadizas y de máquinas de guerra y pensó en dejar prepa-
rado a sus habitantes todo lo que podía darles valor para ha-
cer frente a un asedio muy largo.

178 En el palacio estaba plantada una ruda, digna de admira-
ción por su tamaño, pues su anchura y altura no eran meno-
179 res a las de una higuera. Se decía que este vegetal existía ya

⁸⁵ Sobre el empleo de esta medida en la obra de Josefo veáse nota a V 36.

⁸⁶ Alejandro Janco (107-78 a. C.); cf. I 85 ss. y *Antigüedades* XIV 83.

⁸⁷ Fue legado de Pompeyo en la guerra contra Aristobulo (cf. I 140) y gobernador de Siria entre los años 57-55 a. C. (cf. I 160 ss.).

desde la época de Herodes y posiblemente habría durado más tiempo, si los judíos que se asentaron en este lugar no la hubieran cortado. En el barranco que rodea la ciudad por el norte hay un lugar llamado Baara⁸⁸, que produce una raíz que lleva su mismo nombre. Tiene el color parecido al del fuego; al atardecer produce unos resplandores que hacen que no sea fácil cogerla por parte de los que se acercan y quieren arrancarla, sino que se escapa y no se queda quieta hasta que no se derrama sobre ella orina de mujer o sangre de menstruación⁸⁹. No obstante, también entonces los que la tocan tienen una muerte segura, a no ser que se dé la circunstancia de que lleven la mencionada raíz colgada de la mano. También se la puede cortar sin peligro de la siguiente forma: se excava en círculo alrededor de la planta, de forma que sólo quede enterrada una parte muy pequeña de la raíz. Después se le ata un perro y, cuando éste se lanza para perseguir a la persona que lo ha amarrado, la arranca fácilmente. El perro muere inmediatamente, como víctima, en lugar de aquel que iba a cortar la planta. Así, los que la cogen después no tienen ya que temer nada. A pesar de tantos peligros, esta planta es muy buscada por una única cualidad: con sólo acercarla enseguida expulsa de los enfermos los llamados demonios, es decir, los espíritus de los hombres malvados que se introducen en los vivos y los matan, si no se les ayuda. En este lugar fluyen fuentes de aguas calientes que tienen sabores muy diferentes unas de otras, pues unas

⁸⁸ Este lugar, conocido también con el nombre de Bares o Baaru, se ha identificado con las aguas termales del actual Wadi Zerqa Main, al norte del desfiladero de Maqueronte; cf. EUSEBIO, *Onomástico* XLV-XLVI, y ABEL, *Geographie...*, I, págs. 200 y 460.

⁸⁹ En la descripción del Mar Muerto, IV 480, la orina de mujer y la sangre menstrual también tienen la propiedad de despejar el asfalto de sus aguas.

187 son amargas y otras muy dulces. Hay también numerosos
manantiales de aguas frías, que no sólo tienen sus fuentes
188 unas junto a otras en las zonas más bajas, sino que, lo que es
aún más admirable, cerca se puede ver una cueva poco pro-
189 funda, protegida por arriba por una roca que sobresale. En-
cima de ella se alzan dos especies de senos, poco distantes
el uno del otro. De uno nace una fuente de agua muy fría y
del otro otra muy caliente, que al mezclarse propician un
baño muy agradable que cura las enfermedades, muy espe-
cialmente las relacionadas con los nervios. Este lugar posee
también minas de azufre y de alumbre.

190 *El asedio de*
Maqueronte
por Baso
Después de examinar el terreno, Baso
decidió hacer una incursión cubriendo de
tierra el barranco oriental. Se hizo cargo
de las obras y se esforzó por levantar
pronto el terraplén y por medio de él lle-
191 var a cabo un fácil asedio. Los judíos, que estaban sitiados
en el interior de Maqueronte, se separaron de los extranje-
ros⁹⁰ y les obligaron a quedarse en la parte baja de la ciudad
y a exponerse al peligro los primeros, pues consideraban
192 que eran una multitud inútil. Mientras, ellos se apoderaron y
permanecieron en la fortaleza a causa de la solidez de su
fortificación y en previsión de su propia salvación, ya que
creían que, si entregaban la ciudad a los romanos, consigui-
193 rían su perdón. Pero antes querían poner a prueba las espe-
ranzas que ellos tenían de huir del asedio. En consecuencia,
todos los días hacían salidas llenos de valor. Muchos de
ellos perecieron al entrar en combate con los soldados que
trabajaban en los terraplenes, aunque también mataron a

⁹⁰ Seguramente se trata de los nabateos, que ocupaban las regiones limítrofes.

numerosos romanos. En la mayoría de los casos era la oca- 194
sión del momento la que decidía la victoria en uno y otro
bando: en el caso de los judíos, cuando caían sobre los ene-
migos en un momento de descuido, y en el caso de los ro-
manos que se hallaban en los terraplenes, cuando tomaban
precauciones y hacían frente al ataque bien protegidos. Sin 195
embargo, el final del asedio no iba a tener lugar en estas re-
friegas, sino que un hecho fortuito ocurrido de forma ines-
perada obligó a los judíos a entregar la fortaleza. Entre la 196
gente sitiada en la ciudad había un joven, llamado Eleazar,
dotado de una valiente audacia y de una fuerza emprende-
dora. Este individuo se había distinguido en las incursiones 197
anteriores, pues había exhortado a muchos a salir a impedir
la realización de los terraplenes y en los combates había in-
fligido numerosas y terribles pérdidas a los romanos. Tam-
bién hacía más fácil el ataque de los que se atrevían a
acompañarle y les procuraba una retirada sin peligro, al ser 198
él el último en abandonar el lugar. No obstante, en una oca-
sión, finalizada una batalla y retirados ya los soldados de
uno y otro bando, Eleazar, que con desprecio pensaba que
ya no había ningún enemigo que volviera a emprender la lu-
cha, se quedó fuera de las puertas y se puso a hablar con los
que estaban encima de la muralla con toda su atención
puesta en aquéllos. Un soldado de las líneas romanas, Rufo, 199
de origen egipcio, vio la ocasión y de repente, sin que nadie
lo esperara, fue corriendo con sus hombres, lo levantó en
alto junto con sus armas y no paró hasta llevarlo al campa-
mento romano, mientras que los que lo veían desde la mu-
ralla se quedaron paralizados de espanto. El general ordenó 200
traer al judío desnudo y llevarlo a la posición que fuera más
visible para los que miraban desde la ciudad y le azotó con
látigos. El sufrimiento de este joven afectó intensamente a
los judíos. Toda la ciudad lloró por él y su lamento fue ma-

yor de lo que cabía esperar por la desgracia de un solo hombre. Cuando Baso vio esta reacción, dio inicio a una estrategia contra los enemigos. Quería intensificar su dolor, para que se vieran forzados a entregar la ciudad a cambio de la salvación de Eleazar. Y, en efecto, sus esperanzas se cumplieron. Mandó levantar una cruz⁹¹, como si en ella fuera a colgarse inmediatamente a Eleazar, y así produjo una angustia aún mayor en los que observaban este espectáculo desde la fortaleza. Ellos gritaron y gimieron que no podían soportar este inmenso sufrimiento. Entonces Eleazar les pidió que no le dejaran soportar la más cruel de las muertes y que se rindieran a la fuerza y a la Fortuna de los romanos, ahora que ya todos estaban en sus manos, para así obtener su propia salvación. Los judíos se conmovieron ante sus palabras y, ante los muchos ruegos que por él hicieron dentro de la ciudad, ya que Eleazar pertenecía a una importante y numerosa familia, cedieron a la compasión en contra de su índole natural. Rápidamente eligieron y enviaron a algunos emisarios para negociar la entrega de la ciudad con la petición de que les dejaran abandonar Maqueronte sanos y salvos y llevarse de allí a Eleazar. Los romanos y su general aceptaron estas condiciones, si bien la gente que estaba en la ciudad baja⁹², al enterarse de que los judíos habían hecho el acuerdo de forma particular, decidieron huir en secreto por la noche. Cuando éstos abrieron las puertas, los judíos que habían negociado el tratado se lo comunicaron a Baso, ya sea porque sentían envidia de que éstos se salvaran o para que no se les echara a ellos la culpa de su huida. Los más valientes de los que salieron de la ciudad tuvieron tiempo de abrirse camino

⁹¹ Sobre la práctica de este suplicio entre los judíos véase la nota a IV 317.

⁹² Los extranjeros citados en VII 191.

y escapar, mientras que fueron degollados mil setecientos hombres de los que quedaron dentro y esclavizados las mujeres y los niños. Sin embargo Baso, que era consciente de que había 209 que respetar los acuerdos hechos con los que habían entregado la fortaleza, los dejó marchar y les devolvió a Eleazar.

*Batalla
de Jarden*

Solucionado este problema, Baso se 210 dirigió con su ejército al bosque llamado Jarden⁹³, puesto que le había llegado la noticia de que allí se habían reunido muchos de los que antes se habían fugado del asedio de Jerusalén y del de Maqueronte. Cuando llegó 211 al lugar y se percató de que la noticia no era falsa, empezó por rodear todo el terreno con jinetes, para que la caballería hiciera imposible la huida a los judíos que osaran abrirse camino. A los soldados de infantería les encomendó talar el bosque en el que aquéllos se habían refugiado. Por ello los 212 judíos se vieron obligados a realizar alguna acción heroica, pues tal vez podrían huir si se arriesgaran en una lucha audaz. Así, todos en tropel con grandes gritos se lanzaron y cayeron sobre los que les cercaban. Los romanos resistieron 213 con fuerza. La batalla duró mucho tiempo, porque los unos actuaban con una gran desesperación y los otros por el deseo de obtener la victoria. Sin embargo, el desenlace del combate no fue el mismo para ambos contendientes. De to- 214 dos los romanos perdieron la vida doce y unos pocos fueron heridos, mientras que ninguno de los judíos escapó de esta refriega, sino que murieron todos, que no eran menos de tres mil. Entre ellos perdió también la vida su general, Judas, el 215

⁹³ Este bosque, situado en algún lugar de la Transjordania, no ha sido identificado.

hijo de Ari, del que antes hemos dicho⁹⁴ que estaba al frente de un destacamento en el asedio de Jerusalén y que se escapó sin ser visto al meterse por una de las minas subterráneas.

216 Por aquel mismo tiempo Cesar envió
Vespasiano impone una carta a Baso y a Laberio Máximo,
un tributo que era el procurador, con la orden de
 217 *a los judíos arrendar todo el territorio judío. No fundó*
 allí ninguna ciudad, sino conservó esta
 región como propiedad personal⁹⁵. Solamente concedió a
 ochocientos veteranos del ejército una zona para establecerse
 en ella, llamada Emaús, a treinta estadios de Jerusalén⁹⁶.
 218 Por otra parte, impuso a los judíos, en cualquier sitio donde
 estuvieran⁹⁷, un impuesto de dos dracmas cada uno que ordenó
 entregarlo todos los años en el Capitolio, como antes

⁹⁴ En VI 92 se cita a este zelote, aunque no se menciona su huida.

⁹⁵ Judea era propiedad personal del emperador, que la administraba por medio de un representante suyo, un *procurator*, como era este Laberio Máximo, o un *legatus Augusti pro praetore*, como era habitual en las provincias imperiales.

⁹⁶ Esta Emaús no es la citada en II 63, conocida también por el nombre de Nicópolis, sino la Emaús bíblica (cf. *Lucas* 24, 53), la actual Quloniéh (la romana Colonia), a 8 kilómetros al sur de Jerusalén; sobre los problemas de identificación de este enclave, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 654-655.

⁹⁷ Es decir, la Diáspora, que de esta forma recibía un reconocimiento oficial por las autoridades imperiales. Paradójicamente esta Diáspora permitió a los judíos sobrevivir a la conquista romana y a la catástrofe bélica de los años 66 al 74. Más allá de Palestina y de las zonas limítrofes las consecuencias de la guerra entre la población judía fueron más bien modestas, al igual que lo había sido la participación de la Diáspora en la guerra; cf. SMALLWOOD, *The Jews...*, págs. 356-388.

lo habían hecho en el Templo de Jerusalén⁹⁸. Ésta era la situación de los judíos en aquel momento⁹⁹.

En el cuarto año del reinado¹⁰⁰ de Vespasiano aconteció que Antíoco, rey de Comagene¹⁰¹, y toda su familia sufrieron tremendas desgracias por la siguiente causa. Cesenio Peto, que entonces era gobernador de Siria, ya sea porque dijo la verdad o por el odio que sentía hacia Antíoco, pues no se aclaró totalmente la realidad de los hechos, envió una carta a César. En ella de-

*Antíoco,
rey de Comagene,
acusado de
conspiración*

⁹⁸ Por prescripción bíblica todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, para contribuir al mantenimiento del Templo; cf. *Éxodo* 30, 13; *Nehemías* 10, 32 (sólo se habla de medio siclo); *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Roma mantiene este *iudaicus fiscus* y lo transfiere al templo de Júpiter Capitolino, ya que el templo de Yahveh ha desaparecido. Domiciano cometió una serie de abusos en la percepción de este impuesto hasta que Nerva reestableció la situación anterior, como anotan Suetonio, *Domiciano* XII, y Dió Casio, LXVI 7; cf. M. HADAS-LEBEL, «La fiscalité romaine dans la littérature rabbinique», *Revue des études juives* 143 (1984), 5-29.

⁹⁹ Flavio Josefo omite cualquier tipo de referencias de antijudaísmo en la política imperial, como, por ejemplo, la noticia del historiador cristiano del siglo II Hegesipo recogida por Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* III 12, 32. Según este autor bajo Vespasiano, Domiciano y Trajano tuvo lugar una importante persecución contra los judíos, en especial contra aquellos que eran de origen davídico, para así acabar con la descendencia real en la que aún se tenían puestas las esperanzas mesiánicas de los hebreos.

¹⁰⁰ El 72-73 d. C.

¹⁰¹ Sobre esta región, al norte de Siria, y sobre Antíoco IV y su dinastía véase la nota a V 461 y la obra de R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Comagene», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II 8 (1977), 732-798. La historia de Comagene y la de los alanos que viene después no guarda relación con la guerra de los judíos contra Roma, si bien le sirve al autor para ilustrar la política romana en el restablecimiento de las fronteras del Imperio.

cía que Antíoco y su hijo Epífanés habían determinado sublevarse contra Roma y habían concluido un tratado con el
 222 rey de los partos¹⁰². Por tanto, era preciso adelantarse a ellos
 para que no tomaran la iniciativa en estas operaciones y no
 revolvieran con esta guerra todo el Imperio romano. César
 223 no podía quedarse sin prestar atención a esta denuncia, que
 había caído en sus manos, pues la proximidad de los dos re-
 yes hacía que el asunto adquiriera una importancia digna de
 224 tener en cuenta. Samosata, la capital de Comagene, está
 ubicada junto al Éufrates, de modo que para los partos, en
 caso de que tuvieran tales intenciones, les era fácil pasar allí
 y ser recibidos en condiciones de seguridad.

225 En consecuencia, se creyó en las pa-
 labras de Peto. Éste, cuando recibió el po-
 der para llevar a cabo lo que considerara
 oportuno, no perdió tiempo, sino que de
 repente, sin que Antíoco y los suyos pre-
 sintieran nada, penetró en Comagene con la sexta legión,
 226 junto con cohortes y algunas alas de caballería. Luchaban
 con él el rey de la llamada Calcídica¹⁰³, Aristobulo, y el de

*Cesenio Peto
 invade
 Comagene*

¹⁰² Los partos constituían una seria amenaza para la política de Roma en Oriente y, como se ha visto en el Proemio, a ellos va dirigida también esta obra. Sin embargo, los partos como tal no intervinieron en la guerra del 66-74, si bien tanto Agripa II, en su famoso discurso (cf. II 388-389), como Tito (cf. VI 343), recuerdan la llamada de los judíos de Jerusalén a sus hermanos de Adiabene, súbditos del reino parto; cf. DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, y J. NEUSNER, *A history of the Jews in Babylonia*, Leiden, 1965, I, págs. 64-67.

¹⁰³ Esta Calcídica puede ser el reino de Calcídica o Calcis, al sur del Líbano, dentro del antiguo reino itureo, de cuyo rey Herodes de Calcídica y de la Armenia Inferior se ha hablado en I 552, II 217, 221, 223 y 252. Su hijo Aristóbulo, referido aquí, también ha sido citado anteriormente en II 221 y 252. No obstante la denominación de territorio calcídico se aplica

la región conocida por el nombre de Emesa, Soemo¹⁰⁴. Los 227
 romanos no encontraron resistencia a su invasión, pues nin-
 guno de sus habitantes quiso enfrentarse a ellos. Pero An- 228
 tíoco, a quien la noticia le había sorprendido inesperada-
 mente, ni siquiera llegó a pensar en una guerra contra los
 romanos, sino que decidió abandonar todo su reino en el
 estado en que se encontraba y partió con su mujer y sus hi-
 jos, pues pensaba que de esta manera ante los ojos de los
 romanos él demostraría que estaba libre de las acusaciones
 que se le imputaban. Cuando se hallaba a cien estadios de la 229
 ciudad, en la llanura, levantó allí su campamento.

Peto envió soldados para que se apoderaran de Samo- 230
 sata y por medio de ellos conquistó la ciudad. Mientras, él
 en persona, con el resto de su ejército, se dispuso a atacar a
 Antíoco. Sin embargo el rey, ni siquiera obligado por la ne- 231
 cesidad del momento, quiso emprender ningún acto bélico
 contra los romanos, sino que se lamentó por su suerte y de-
 cidió soportar lo que fuera necesario. No obstante, para sus 232
 hijos, que eran jóvenes experimentados en la guerra y que
 destacaban por su fuerza física, no era fácil aceptar esta
 desgracia sin luchar. Por ello, Epífanés¹⁰⁵ y Calínico echa-
 ron mano de la fuerza. Durante todo el día combatieron en 233
 una dura batalla, en la que ellos mostraron una brillante va-
 lentía, y al atardecer dejaron de hacerlo, sin que sus fuerzas
 se hubieran visto aminoradas. Pero a Antíoco no le pareció 234
 aceptable quedarse en este lugar, a pesar del resultado de
 esta batalla. Cogió a su mujer y a sus hijas y con ellas huyó

también a la ciudad de *Chalcis ad Bellum*, que en el 92 a. C. fue incorpo-
 rada a la provincia de Siria; cf. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 725-728.

¹⁰⁴ Emesa, al norte de Siria, es la actual Homs. Sobre la monarquía de
 este pequeño reino, cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa»,
Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt, II 8 (1977), 198-219.

¹⁰⁵ Véase su actuación delante de los muros de Jerusalén en V 460 ss.

a Cilicia¹⁰⁶. Con esta acción deshizo la moral de sus propios
235 soldados. Estos últimos hicieron defección y se pasaron a
los romanos, como si su reino hubiera sido ya sentenciado
236 por Antíoco. El desánimo era evidente en todos ellos. En-
tonces Epífanés y los suyos, antes de quedarse totalmente
sin aliados, tuvieron que ponerse ellos mismos a salvo de
los enemigos. En total fueron diez los jinetes que les acom-
237 pañaron al cruzar el Éufrates. Desde allí, conducidos sin pe-
ligro hasta el rey de los partos, Vologeses, no fueron tratados
como fugitivos, sino que fueron acogidos con todo honor,
como si aún disfrutaran de su anterior prosperidad.

238 Cuando Antíoco llegó a Tarso¹⁰⁷, en
Antíoco Cilicia, Peto le envió un centurión que le
239 *hace la paz* condujo encadenado a Roma. Vespasiano
con Vespasiano no soportó que le llevaran ante su presen-
cia de esa manera, pues creía que era
mejor respetar la antigua amistad que dejarse llevar por una
240 implacable cólera bajo el pretexto de la guerra. Por tanto or-
denó que le quitasen las cadenas, cuando Antíoco aún estaba
de camino, y que no lo trajeran a Roma, sino que de mo-
mento viviera en Lacedemonia. Le concedió también im-
portantes rentas para que no sólo disfrutara de una vida de
241 abundancia, sino también propia de un rey. Cuando se ente-
raron de estos hechos Epífanés y los que estaban con él, que
antes habían temido mucho por su padre, se vieron entonces
libres de la gran preocupación que embargaba sus almas.

¹⁰⁶ Región del sudeste de Asia Menor en una posición estratégica entre Anatolia y Siria. En el 101 a. C. Roma la convirtió en provincia.

¹⁰⁷ En época romana Tarso, a orillas del río Cidno, era la capital de Cilicia. Esta ciudad, también conocida con el nombre de Antioquía de Cilicia, contaba con una importante comunidad judía, de la que procedía el apóstol Pablo; cf. *Hechos de los Apóstoles* 21, 39 y 22, 3.

Además, se esperanzaron con reconciliarse con César, 242
 pues Vologeses había escrito a este último sobre ellos. A
 pesar de su situación próspera, sin embargo no soportaban
 vivir fuera del Imperio romano. César, en su bondad, les
 concedió plenas garantías de seguridad y ellos se presenta- 243
 ron en Roma. Su padre vino inmediatamente desde Lace-
 demonia a reunirse con ellos y así vivieron allí tratados
 con toda dignidad.

El pueblo de los alanos que, como he- 244
 mos dicho antes en algún momento¹⁰⁸,
 eran escitas que habitaban cerca del Ta-
 nais¹⁰⁹ y de la laguna Meótide¹¹⁰, tenían 245
 por aquel entonces el propósito de invadir
 y hacer pillaje en Media y en regiones aún más lejanas. Ne-
 negociaron con el rey de Hircania¹¹¹, pues éste era el que con-
 trolaba el acceso, que el rey Alejandro había cerrado con
 unas puertas de hierro¹¹². Cuando aquél les autorizó pasar, 246
 atacaron en masa a los medos, que no se lo esperaban, y sa-
 quearon un país muy poblado y abundante en todo tipo de
 ganados, sin que nadie se atreviera a oponerles resistencia.
 Puesto que Pacoro¹¹³, el rey del lugar, lleno de miedo se re- 247
 fugió en parajes de difícil acceso, sin llevarse nada, excepto
 a su mujer y a sus concubinas, que habían sido hechas pri-

¹⁰⁸ En ningún lugar de la obra de Flavio Josefo se habla de los alanos.

¹⁰⁹ Es decir, el río Don.

¹¹⁰ El Mar de Azof.

¹¹¹ Reino situado al sudeste del Mar Caspio.

¹¹² Son las famosas *Pylae Caspiae*, un desfiladero montañoso en la cordillera del Tauro, a 60 kilómetros de la actual Teherán, que constituían el paso natural de Media e Hircania a Partia. Este lugar fue el escenario de uno de los episodios de la lucha de Alejandro Magno contra el rey Dario; cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2.

¹¹³ Hermano de Vologeses I, rey de Partia; cf. VII 237.

sioneras y a las que a duras penas pudo rescatar mediante el
 248 pago de cien talentos. Por consiguiente, con gran facilidad y
 sin entablar combate llegaron hasta Armenia devastando y sa-
 249 queando todo lo que se ponía en su camino. El rey armenio
 Tiridates¹¹⁴, que salió a su encuentro y que tuvo una refriega
 250 con ellos, casi fue capturado vivo en ella. Pues uno de los
 alanos le echó un lazo y estuvo a punto de llevárselo a ras-
 tras, si Tiridates no hubiera cortado la cuerda con su espada
 251 y se hubiera dado prisa en huir. Los alanos, enfurecidos aún
 más por este enfrentamiento, dejaron asolado el país y se
 volvieron a su tierra, no sin antes llevarse una gran cantidad
 de prisioneros y un botín diverso de ambos reinos.

252 A la muerte de Baso se hizo cargo del
 mando en Judea Flavio Silva¹¹⁵. Cuando
 éste vio que toda la región había sido ya
 dominada por medio de la guerra, excep-
 to una sola fortaleza, que aún mantenía la
 rebelión, reunió a todas las tropas¹¹⁶ que tenía en aquellos
 lugares y emprendió una campaña contra dicho enclave,
 253 llamado Masadá¹¹⁷. Un personaje poderoso, Eleazar¹¹⁸, es-
 taba al mando de los sicarios que ocupaban esta fortaleza,
 descendiente de Judas que, como antes expusimos¹¹⁹, había

¹¹⁴ También era hermano de Vologeses I.

¹¹⁵ L. Flavio Silva fue cónsul en el año 81.

¹¹⁶ Éstas eran la legión *X Fretensis*, que había quedado como guarnición en Jerusalén (cf. VII 5, 17), y las tropas auxiliares.

¹¹⁷ Fortaleza situada en la cumbre de una peña aislada al sudeste de la orilla occidental del Mar Muerto. En 1838 fue identificada por E. Robinson y E. Smith con la actual Sebbeh, ABEL, *Geographie...*, II, pág. 380, la considera como una de las *mesadoth* o peñones aislados y escarpados por los que erró el rey David a través del desierto de Engadí (cf. *I Samuel* 24, 1).

¹¹⁸ El hijo de Jairo, citado en II 447.

¹¹⁹ Cf. II 118.

convencido a muchos judíos para que no se inscribieran, cuando Quirino fue enviado a Judea a realizar el censo¹²⁰. En 254
aquel entonces los sicarios¹²¹ se alzaron contra los que que-
rían someterse a los romanos y les trataron en todo momento
como enemigos: saquearon y rapiñaron sus posesiones y pren-
dieron fuego a sus casas. Iban diciendo que esta gente no se 255
diferenciaba en nada de los extranjeros¹²², pues con tanta
cobardía entregaban la libertad de los judíos, que era el objeto
de aquella guerra, y manifestaban claramente su preferencia
por la esclavitud bajo el poder romano. Pero estas palabras 256
no eran más que un pretexto para encubrir su crueldad y su
codicia. Sus actos demostraron con evidencia esta afirma-
ción. En efecto, los que se unieron a ellos en la revuelta y 257
les ayudaron en la guerra contra Roma fueron los que su-
frieron las atrocidades más crueles a manos suyas¹²³. Y 258
cuando se descubrió que de nuevo sus excusas eran falsas,
actuaron aún con mayor severidad contra las personas que
en su justa defensa les echaban en cara su maldad. Aquella 259
época fue quizá para los judíos tan fructífera en todo tipo de
perversidades, que no hubo hecho criminal que no se come-
tiera y, aunque uno quisiera forjar en su imaginación otras
atrocidades, no podría hallar ninguna nueva. Tan infectados 260
estaban todos, en público y en privado, y tanto disputaban

¹²⁰ El conocido censo de Quirino ha sido referido en II 117.

¹²¹ Sobre los sicarios, su ideología y la etimología de su nombre véase la nota a II 254 ss.

¹²² En boca de los sicarios obviamente se emplea el término *allófylos*, «extranjero», habitual en los textos judíos en lengua griega, no el de *bárbaros*, que pertenece a la tradición de la historiografía grecorromana, como se ha visto en VII 86 y 94, por ejemplo.

¹²³ Josefo en el relato de Masadá continúa con la tesis que ha seguido a lo largo de la narración de toda la guerra judía: el pueblo judío es inocente y son los rebeldes, en este caso los sicarios, los responsables de todos los males.

entre sí para superarse unos a otros en sus impiedades contra Dios y en sus injusticias contra el prójimo: los poderosos trataban mal al pueblo y éste se esforzaba por matarles a ellos. Aquéllos deseaban actuar como tiranos, mientras la multitud anhelaba acciones violentas y saquear los bienes de los ricos. En primer lugar fueron los sicarios los que iniciaron los crímenes y la crueldad contra sus compatriotas, sin omitir ninguna palabra injuriosa y sin dejar de cometer ninguna acción criminal contra las víctimas de sus ataques. Sin embargo, Juan¹²⁴ demostró que los sicarios eran más moderados que él, puesto que no sólo ejecutó a todos los que le daban justos y útiles consejos y los trató como los peores enemigos de entre los ciudadanos, sino que desde su cargo público cubrió a su patria de multitud de desgracias, como las que podría haber llevado a cabo un hombre que ya había osado cometer impiedades contra Dios. En su mesa había dispuestos alimentos prohibidos y se había apartado de la norma de pureza prescrita por la ley patria¹²⁵, de modo que no había que asombrarse si no se comportaba con humanidad y compasión con los hombres una persona que tanto furor había mostrado en sus impiedades contra Dios. Y, por otra parte, ¿cuál es el crimen que no cometió Simón, el hijo de Giora o qué violencia no dejó de cometer contra los hombres libres que le nombraron tirano?¹²⁶ ¿Qué amistad o que relación familiar no hizo que esta gente fuera más audaz en sus crímenes cotidianos? En efecto, creían que maltratar a los extranjeros era obra de una innoble perversidad, mientras que pensaban que les reportaría un gran lustre la crueldad contra los seres más próximos a ellos. No obstante, la

¹²⁴ Juan de Giscala.

¹²⁵ Sobre los diversos ritos de purificación, véase nota a IV 205.

¹²⁶ Cf. IV 574 ss.

locura de los idumeos superó la demencia de estos últimos. Sus individuos más perversos degollaron a los sumos sacerdotes¹²⁷, para que no quedara la más mínima parte del respeto a Dios, acabaron con todo lo que aún restaba de organización política¹²⁸ y en toda situación impusieron 268 una anarquía absoluta, en la que se destacaron los llamados zelotes, cuyo nombre estaba justificado por su actos¹²⁹. Pues imitaron toda clase de crímenes, sin omitir 269 celosamente cualquier atrocidad que se recuerde que haya ocurrido anteriormente. A pesar de ello, se dieron ellos 270 mismos este nombre por el celo que ponían en realizar el bien, ya sea por burlarse de sus víctimas, a causa de su natural ferocidad, o porque para ellos los mayores crímenes eran considerados como algo bueno. No obstante, cada 271 uno de ellos obtuvo el final que le correspondía, pues Dios les dio a todos el castigo que se merecían. Cayeron sobre 272 ellos todos los tormentos que puede soportar la naturaleza humana hasta el último momento de su vida, que afrontaron en medio de los más diversos sufrimientos. Pero se 273 podría decir que padecieron menos de lo que merecían sus actos, pues no había posibilidad de hallar un castigo adecuado a ellos. No sería éste el momento de lamentarse, 274 como corresponde, de los que perecieron a manos de la crueldad de los zelotes. Por tanto, retorno a la narración de la historia que he dejado interrumpida¹³⁰.

El general romano se dirigió con sus efectivos contra 275 Eleazar y los sicarios que con él ocupaban Masadá. Rápidamente conquistó toda la región y estableció guarniciones en

¹²⁷ Cf. IV 314 ss.

¹²⁸ Acerca de la organización del Estado judío durante la revuelta, véase la nota a IV 318.

¹²⁹ El nombre de los zelotes ha sido comentado en nota a IV 161.

¹³⁰ Cf. VII 253.

276 sus enclaves más convenientes¹³¹. Levantó un muro alrede-
dor de toda la fortaleza¹³², para que ninguno de los sitiados
pudiera huir con facilidad, y distribuyó guardias a lo largo
de la misma. El general romano acampó¹³³ en el lugar que
277 le pareció más adecuado para el asedio. Allí las rocas de la
fortaleza se unían a la montaña próxima, si bien hacían difi-
cil el aprovisionamiento de todo lo necesario. Pues no sólo
278 los víveres se transportaban desde lejos y a costa de grandes
fatigas por parte de los judíos que tenían asignado este co-
metido, sino que también había que traer el agua al campa-
mento, dado que el lugar no poseía ninguna fuente cerca¹³⁴.
279 Cuando Silva dejó solucionadas estas cuestiones previas,
emprendió el asedio, que requería de una gran habilidad y
esfuerzo a causa de la solidez de la fortaleza, cuya naturale-
za es la siguiente.

¹³¹ El asedio romano de Masadá es uno de los acontecimientos que más fama han adquirido de toda la obra de Josefo. Cuando tuvo lugar la expugnación de esta fortaleza, en los primeros meses del año 73, nuestro autor se encontraba en Roma, por lo que no fue testigo ocular de los hechos, como ocurrió en la toma de Jerusalén. Las fuentes de su relato han de buscarse en los *commentarii* oficiales de la campaña y en relatos orales de los supervivientes.

¹³² Se trata de un muro de circunvalación y bloqueo similar al que se levantó en la toma de Jerusalén; cf. V 509.

¹³³ La arqueología ha sacado a la luz dos campamentos, uno al sudeste de la fortaleza, a unos 700 metros, y otro en el noroeste, a 300 metros, frente al terraplén.

¹³⁴ Las poblaciones más cercanas eran Engadí, a unos 17 kilómetros, y Hebrón, a 35, pues el Mar Muerto, distante 4 kilómetros, no servía como agua potable.

*Descripción de
la fortaleza
de Masadá*¹³⁵

Se trata de una roca de un gran perí- 280
metro, muy alta¹³⁶, a la que rodean por to-
das partes profundos barrancos, escarpa-
dos, cuyo fondo es imperceptible por la
vista e intransitables a pie por cualquier
ser vivo, excepto por dos lugares donde la roca permite su-
bir de un modo nada sencillo. Uno de estos caminos parte 281
del lago Asfaltitis, al este, y el otro, por donde es fácil transi-
tar, al oeste. Al primero de ellos le dan el nombre de «ser- 282
piente» por su parecido con ella por su estrechez y sus múlti-
ples vueltas. Pues este camino corta por entre los salientes
rocosos de los precipicios, muchas veces retrocede sobre sí
mismo, luego se va extendiendo a pequeños trechos y así a
duras penas consigue seguir adelante. Es preciso que quien 283
camine por esta senda apoye con firmeza un pie tras otro.
Existe un claro peligro de muerte al pasar por allí, ya que a
ambos lados se abren precipicios con una profundidad que
puede dejar aterrorizado a la persona más audaz. Después 284
de haber recorrido por este camino treinta estadios, sólo
queda la cumbre, que no termina en un pico escarpado, sino
en una llanura en la propia cima. En ella levantó por prime- 285
ra vez una fortaleza el sumo sacerdote Jonatán¹³⁷ y la llamó
Masadá. Más tarde el rey Herodes puso un gran empeño en

¹³⁵ Las excavaciones realizadas en el yacimiento de Masadá entre los años 1963 y 1965 por Y. YADIN permiten corroborar una lectura arqueológica del relato de Josefo que ahora se inicia. El conocidísimo libro del mencionado autor, *Masada, Herod' fortress and the Zealots' last stand*, Londres, 1966, puede servirnos de guía en la lectura de este pasaje. Más bibliografía sobre Masadá se encuentra en L. H. FELDMAN, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980)*, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-790 y 964-967.

¹³⁶ Sobre el nivel del Mar Muerto se eleva a 365 metros y de 100 a 175 sobre el nivel de los valles que la rodean.

¹³⁷ Hermano de Judas Macabeo; cf. I 48.

286 la disposición del lugar. Construyó una muralla de siete es-
tadios a lo largo de todo su perímetro, hecha de piedra blan-
287 ca, con una altura de doce codos y una anchura de ocho. En
esta muralla se erguían treinta y siete torres de cincuenta
codos de altura, desde las que se podía acceder a los edificios
que estaban contruidos a lo largo de toda la parte interior
288 del muro. El rey destinó al cultivo la cima, dado que era
fértil y su suelo más blando que el de cualquier otra llanura,
para que, si alguna vez les faltaran las provisiones que ve-
nían del exterior, no sufriera el hambre la gente que había
289 confiado su propia salvación a esta fortaleza. Levantó tam-
bién allí un palacio en la pendiente occidental, debajo de las
murallas que había en la cumbre, orientado hacia el norte.
El muro del palacio tenía una gran altura y solidez y contaba
290 con cuatro torres en sus ángulos de sesenta codos. La dispo-
sición de las estancias interiores, de los pórticos y de los ba-
ños era de gran variedad y suntuosidad; por todas partes las
construcciones estaban sostenidas por columnas de una sola
pieza y las paredes y suelos de las habitaciones estaban re-
291 cubiertos con mosaicos de varios colores. En las proximida-
des de todos los lugares habitados, arriba, en los alrededores
de palacio y delante de las murallas había excavadas en la
roca numerosas y amplias cisternas para conservar la lluvia.
El monarca se las había ingeniado para que así hubiera tanta
abundancia de agua como de la que disponen los que tienen
292 fuentes. Un pasadizo excavado, que desde fuera no se veía,
iba desde el palacio a lo más alto de la cima. Pero ni los ca-
minos que estaban a la vista podían ser utilizados fácilmente
293 por los enemigos. Pues, según hemos descrito antes¹³⁸, el
acceso por el lado oriental es intransitable por su naturaleza
y Herodes había cerrado la entrada occidental en su parte

¹³⁸ VII 281-283.

más estrecha por una amplia torre, a una distancia de no menos de mil codos de la cumbre, que no se podía cruzar ni era sencillo apoderarse de ella. Este acceso tenía una salida complicada incluso para los viandantes que pasaban por allí sin estar expuestos a ningún ataque. Así es como estaba la 294 fortaleza protegida por la naturaleza y por la mano del hombre para hacer frente a las incursiones enemigas.

Más aún se podría admirar uno de la riqueza y del buen 295 estado de conservación de las provisiones que en su interior estaban almacenadas. Pues había una gran cantidad de trigo, 296 de sobra suficiente para un largo tiempo, mucho vino y aceite y también había amontonado todo tipo de legumbres secas y dátiles. Eleazar, cuando se apoderó a traición junto con los sica- 297 rios de la fortaleza¹³⁹, se encontró con todos estos productos en buen estado y que en nada desmerecen a los frutos que acababan de ser recogidos. No obstante, desde que se hizo este acopio de víveres hasta que los romanos tomaron el lugar pasaron casi cien años¹⁴⁰, si bien estos últimos hallaron intactos los productos que aún quedaban. Se podría creer, sin riesgo de equivo- 298 carse, que la causa de esta conservación es el aire, que por la altura que alcanza la cima de este enclave no tiene ningún tipo de mezcla con la tierra y el fango. También se halló una gran y 299 variada cantidad de armas que había sido atesorada allí por el rey, suficiente para diez mil hombres, hierro sin trabajar, bronce e incluso plomo, lo que indicaba que estos aprovisionamientos habían sido llevados a cabo por razones importantes. En efecto, 300 se dice que Herodes había preparado esta fortaleza como un refugio para sí mismo en vistas a un doble peligro, uno de parte del pueblo judío, por temor a que le derrocara y estableciera en

¹³⁹ Cf. II 408 y 433.

¹⁴⁰ Más bien se trata de 104 ó 105 años, desde el 32-31 a. C. hasta la conquista por los romanos en el 73 d. C.

el trono a los reyes anteriores a él¹⁴¹, y el otro, más importante y
 301 peligroso, de parte de la reina de Egipto, Cleopatra. Esta sobe-
 rana no ocultaba su propósito, sino que con frecuencia hablaba
 con Antonio, le pedía que matara a Herodes y le rogaba que le
 302 regalase a ella el reino de los judíos¹⁴². Realmente era más dig-
 no de admiración el que Antonio, a pesar de estar perdidamente
 esclavizado por el amor hacia ella, nunca accediera a estas peti-
 ciones, que no el hecho de que se esperase que se negara a ha-
 303 cerle tal obsequio. Por estos temores Herodes fortificó Masadá
 y así dejó a los romanos lo que iba a ser el último bastión de su
 guerra contra los judíos.

304 Cuando el general romano, según he-
 mos dicho¹⁴³, levantó un muro exterior
 alrededor de todo el lugar, tomó las pre-
 cauciones más cuidadosas para que nadie
 pudiera huir y puso manos al asedio, si
 bien no encontró más que un solo punto donde se pudieran
 305 levantar los terraplenes. Detrás de la torre¹⁴⁴ que cubría el
 camino que llevaba desde el oeste al palacio y a la cumbre
 la roca presentaba un saliente, de una gran anchura y muy
 prominente, a unos trescientos codos por debajo de la parte
 306 más elevada de Masadá, que llamaban Roca Blanca¹⁴⁵. Silva
 subió a este promontorio, se asentó en él y ordenó a su ejér-
 cito que transportara allí tierra. Se levantó un sólido terra-
 plén de doscientos codos gracias al concienzudo trabajo de
 los soldados y a las muchas manos que en él participaron.

¹⁴¹ La dinastía de los Asmoneos.

¹⁴² Sobre estos hechos véase I 359-362 y *Antigüedades* XV 64 ss.

¹⁴³ Cf. VII 275.

¹⁴⁴ Cf. VII 293.

¹⁴⁵ O Leuce, si mantenemos la denominación griega. La roca alcanza unos 300 metros de altura sobre el nivel del Mar Muerto.

Sin embargo, el espacio de este terraplén no parecía sufi- 307
ciente ni firme para subir allí las máquinas. Por ello se cons-
truyó encima una plataforma de grandes piedras, bien ajustadas
entre sí, de cincuenta codos de altura y de anchura. La disposi- 308
ción de las máquinas era, en general, muy similar a la que pri-
mero Vespasiano, y después Tito, habían diseñado para los ase-
dios. Se levantó además una torre de setenta codos, recubierta 309
toda ella de hierro¹⁴⁶, desde donde los romanos dispararon con
las oxibelas¹⁴⁷ y las balistas¹⁴⁸ y así rechazaron a los que com-
batían desde la muralla y no les dejaron asomar la cabeza. En 310
este momento Silva, que tenía preparado un enorme ariete, or-
denó atacar el muro con repetidos golpes y, a duras penas, pudo
hacer allí un boquete y derribar una parte del mismo. Pero los 311
sicarios se habían adelantado a construir con rapidez en el inter-
rior una segunda muralla, que no iba a sucumbir de la misma
forma ante las máquinas enemigas, pues la habían hecho sin ri-
gidez para que fuera capaz de amortiguar la fuerza de las em-
bestidas de la siguiente manera. Colocaron a lo largo grandes 312
vigas unidas entre sí por sus extremos. Había dos filas paralelas
de estas vigas, con una distancia de separación igual a la anchu-
ra de un muro, y en medio de ellas echaron tierra. Para que no 313
se desplomara esta tierra, al elevar el terraplén, sujetaron las vi-
gas colocadas a lo largo con otras en sentido transversal. Para 314
los romanos esta obra era muy similar a una construcción de al-
bañilería, aunque los golpes de las máquinas se veían amor-
tiguados al dar contra una estructura que no resistía las em-
bestidas y se hacía más sólida con las sacudidas que la
iban ensamblando progresivamente. Cuando Silva se percató de 315
esta estratagema, pensó que lo mejor era prender fuego a la mu-

¹⁴⁶ Este tipo de protección se ha visto también en V 297.

¹⁴⁷ Cf. nota a IV 266.

¹⁴⁸ Cf. nota a IV 19.

ralla y, por ello, ordenó a los soldados que lanzaran contra ella
 316 sin parar antorchas encendidas. Como el muro estaba casi todo
 él hecho de madera, fue pasto del fuego rápidamente y a causa
 de la inconsistencia de la construcción el fuego se extendió en
 317 toda su profundidad en una gran llamarada. Una vez iniciado ya
 el incendio, el viento del norte que soplaba en contra de los ro-
 manos produjo temor entre ellos. Pues venía desde arriba y
 desviaba las llamas en su contra, y casi estaban ya al borde de la
 desesperación por el hecho de que tenían la idea de que sus má-
 318 quinas iban a arder en el incendio. Sin embargo, luego el viento
 cambió de repente de dirección, como si fuera obra de la Provi-
 dencia divina¹⁴⁹, y sopló con intensidad en sentido opuesto y
 llevó contra el muro las llamas, y así prendió en toda su exten-
 319 sión. En consecuencia, los romanos, asistidos por la ayuda de
 Dios, se retiraron satisfechos al campamento. Decidieron atacar
 al día siguiente a los enemigos y esa misma noche pusieron más
 cuidado en las guardias, para que ninguno de ellos huyera sin
 ser visto.

320 No obstante, a Eleazar no se le pasaba
 por la cabeza el escapar de Masadá ni iba
 321 *Arenga* por la cabeza el escapar de Masadá ni iba
de Eleazar a permitir hacerlo a ningún otro. Cuando
a los sitiados. vio que el muro había sido devastado por
Sus dos discursos el fuego, no pensó en ninguna otra forma
 de salvación ni de heroísmo¹⁵⁰, sino que puso ante sus ojos
 lo que los romanos les harían a ellos, a sus mujeres y a sus

¹⁴⁹ La toma de Masadá testimonia la intervención de Dios en los actos humanos, en este caso también en favor de los romanos, como también ocurrió en Gamala (cf. IV 70) o en la propia Jerusalén; cf. apartado 5 de la Introducción.

¹⁵⁰ La resistencia de Masadá se ha convertido, por este relato de Josefo, en un auténtico símbolo y mito nacionalista, que se ha utilizado incluso en la formación del moderno estado de Israel.

hijos, en caso de que obtuvieran la victoria, y decidió que todos debían morir. Tras considerar que ésta era la mejor 322 solución, habida cuenta de las circunstancias del momento, reunió a los más valerosos de sus compañeros y les exhortó a llevar a cabo esta acción con las siguientes palabras: «Mis 323 valientes, hace tiempo que tomamos la decisión de no ser esclavos ni de los romanos ni de ningún otro, sino de Dios, pues sólo él es el auténtico y justo señor de los hombres¹⁵¹. Ahora llega el momento que nos reclama poner en práctica nuestro propósito. Nosotros, que antes no hemos soportado 324 una esclavitud sin peligros, no debemos ahora llenarnos de deshonor, porque, si caemos vivos bajo el yugo romano, sufriremos irremediables castigos, además de la servidumbre. Pues nosotros hemos sido los primeros en sublevarnos y seremos los últimos en luchar contra ellos. Creo que es Dios 325 quien nos ha concedido esta gracia de poder morir con gloria y libertad, algo que no les ha sucedido a otros que han resultado vencidos en contra de lo que esperaban. Está claro 326 que nosotros mañana seremos conquistados, aunque tenemos la posibilidad de elegir libremente una muerte noble en compañía de nuestros seres queridos. Los enemigos, que tienen grandes deseos de cogernos vivos, no pueden impedirnos hacer esto, ni nosotros somos capaces ya de vencerles en el combate. Cuando deseábamos reivindicar nuestra 327 libertad y nos salió todo mal entre nosotros mismos y, lo que es peor, en relación con los enemigos, tal vez teníamos que haber sospechado enseguida desde el principio la decisión de Dios y habernos dado cuenta de que el pueblo, que

¹⁵¹ Éste es el principio doctrinal básico de los zelotes y los sicarios (cf. II 118, 254 y *Antigüedades* XVIII 28). Los rebeldes judíos pensaban que con la expulsión de los romanos sería más inmediata la venida del reino de Dios. Roma simbolizaba el mal, que según el libro de *Daniel* (11 y 12) sería el final de la historia terrena y el principio de la era mesiánica.

antes había sido amado por él, ahora había sido condenado.
328 Porque, si Dios nos hubiera sido propicio o, al menos, moderadamente hostil, no habría permitido la muerte de tanta gente ni habría abandonado su santísima ciudad al fuego y a
329 la destrucción por parte de los enemigos. ¿Es que nosotros somos los únicos de la raza judía que esperamos sobrevivir y conservar nuestra libertad, como si fuéramos inocentes ante Dios y no hubiéramos participado en ningún crimen, después de haber
330 enseñado a los demás a actuar de esta manera? Así pues, veis cómo Dios ha demostrado que nuestras expectativas eran vanas, al traer sobre nosotros una situación terrible que desborda
331 nuestras esperanzas. Pues ni la naturaleza de esta fortificación, que es inexpugnable, ha servido para salvarnos, sino que, a pesar de que contábamos con abundancia de provisiones, una gran cantidad de armas y un sinfín de otros recursos, de una manera evidente nos hemos visto privados por el propio Dios de nuestra
332 confianza de salvación. Realmente, el fuego que se dirigió contra los enemigos¹⁵² no se volvió de forma espontánea contra el muro levantado por nosotros, sino que la causa de ello fue la cólera provocada por las numerosas iniquidades, que en nuestra locura nos hemos atrevido a cometer contra nuestros compatriotas. Recibamos castigo por estos crímenes, no de nuestros peores enemigos, los romanos, sino de Dios por nuestras propias manos, puesto que esta forma de suplicio es más soportable
333 que aquél¹⁵³. Que nuestras mujeres mueran sin ser injuriadas y nuestros hijos sin conocer la esclavitud. Después de que estos últimos perezcan, concedámonos mutuamente un noble favor al
334 conservar la libertad como una hermosa tumba. Pero previa-

¹⁵² Por la Providencia divina que cambió el rumbo del viento, como se acaba de indicar en VII 317.

¹⁵³ THACKERAY, en el comentario de su traducción, observa en estas palabras una reminiscencia de ideas bíblicas, como las recogidas en *II Samuel* 24, 14.

mente prendamos fuego a nuestros bienes y a la fortaleza, pues, sé perfectamente, que los romanos se disgustarán de no apoderarse de nuestras personas y de no conseguir ninguna ganancia. Dejemos solamente los víveres, dado que, cuando ya estemos muertos, éstos serán el testimonio de que no fuimos vencidos por el hambre, sino que, según decidimos desde un principio, hemos preferido la muerte a la esclavitud».

Éstas fueron las palabras de Eleazar, que, sin embargo, no afectaron por igual al ánimo de todos los presentes. Unos estaban decididos a obedecer y estaban casi henchidos de placer con la idea de una muerte gloriosa. Otros, en cambio, más sensibles, se apiadaron de las mujeres, de sus hijos y, sobre todo, de su propia inexorable muerte; se miraron los unos a otros con lágrimas y así dieron a entender que no estaban de acuerdo con esta decisión. Cuando Eleazar se dio cuenta de que estaban asustados y de que eran débiles en su espíritu ante la magnitud de la hazaña, temió que con sus lamentos y con sus súplicas ablandasen también a los que antes habían escuchado sus palabras sin titubear. En consecuencia, no cedió en sus exhortaciones, sino que se dio valor a sí mismo y, lleno de una gran audacia, habló con brillantes palabras sobre la inmortalidad del alma¹⁵⁴. Con gran indignación clavó su mirada fijamente en los que lloraban y dijo¹⁵⁵: «En verdad estaba muy engañado al pensar que luchaba en defensa de la libertad con hombres valientes, que

¹⁵⁴ Resulta muy curioso que en boca de un radical judío se pongan ideas filosóficas griegas sobre la inmortalidad del alma, en la misma línea que se ha visto ya en II 154 ss., III 372 ss. o VI 47. Esta doctrina del alma recogida en este discurso no pertenece a las «leyes de nuestros padres y de Dios» ni a las de los antepasados hebreos, a pesar de lo que dice Eleazar.

¹⁵⁵ Este discurso recoge algunas de las ideas expuestas por el rey Agripa antes de la revuelta (cf. II 345-401), aunque, eso sí, con una finalidad y sentido inversos a las de aquél.

estaban dispuestos a vivir con honor o a morir. Sin embargo, no os distinguís de la gente normal ni en valor ni en audacia, vosotros que sentís miedo de la muerte, que os libraría de los peores males, cuando no deberíais demoraros en aceptar-
la ni esperar ningún consejero al respecto. Desde antaño, desde que tuvimos uso de razón, las leyes de nuestros padres y de Dios, confirmadas por las obras y las doctrinas de nuestros antepasados, no han dejado de enseñarnos que el vivir es para los hombres una desgracia, mientras que no lo es la muerte. Esta última al conceder la libertad a las almas las deja ir a un lugar que es propio de ellas y que es puro, donde estarán exentas de todo sufrimiento, mientras que si están atadas a un cuerpo mortal y llenas de sus males, están ya muertas¹⁵⁶, por decir la auténtica verdad, pues no es conveniente la asociación de lo divino con lo mortal. El alma encadenada al cuerpo tiene una gran fuerza, pues hace que sea su órgano sensorial, le mueve, sin ser vista, y le dirige a acciones por encima de su naturaleza mortal. Pero, cuando el alma se ve libre del peso que la arrastra hacia la tierra y que la deja suspendida sobre ella y va al lugar que le es propio, entonces disfruta de una dichosa fuerza y de un poder ilimitado y permanece invisible a los ojos humanos, como el mismísimo Dios. Porque ni siquiera se la ve, hasta que está en el cuerpo: se aproxima de una forma invisible y se separa de nuevo, sin que nadie se percate de ello. Ella misma tiene una sola naturaleza incorruptible, aunque al cuerpo le produce cambios. Pues todo lo que el alma toca, vive y florece¹⁵⁷, mientras que muere y se marchita aquello de lo que se

¹⁵⁶ Sin duda hay que ver aquí una reminiscencia de la doctrina filosófica griega, originalmente pitagórica, pero difundida por Platón, de *sôma sêma*, «el cuerpo es una tumba».

¹⁵⁷ El comentario de RICCIOTTI señala aquí la reminiscencia de una expresión de origen sofocleo, *Traquinias* 235.

aparta. Así de grande es en ella la abundancia de inmortalidad. Que el sueño sea para vosotros la prueba más evidente 349 de mis palabras, pues en él las almas, sin la distracción del cuerpo y encerradas en sí mismas, disfrutaban de un descanso muy placentero, pues se unen a Dios, por la similitud de naturaleza que con él tienen¹⁵⁸, vagan por todas partes y vaticinan numerosos acontecimientos futuros. ¿Por qué, entonces, te- 350 memos a la muerte, cuando nos gusta el reposo del sueño? ¿Cómo no va a ser insensato que busquemos la libertad durante la vida y neguemos aquella que es eterna? Por tanto, 351 es preciso que nosotros, que hemos sido educados según los preceptos de nuestra patria, seamos para los demás ejemplo de aceptación de la muerte. Pero, si necesitamos también del testimonio de pueblos extranjeros, miremos a los indios, que profesan la práctica de la sabiduría¹⁵⁹. Ellos, que son perso- 352 nas de bien, aguantan de mala gana el tiempo de la vida, como una necesaria carga impuesta por la naturaleza. Se es- 353 fuerzan por liberar sus almas de los cuerpos y, sin que ningún mal les presione o les empuje a ello, por el deseo de una existencia inmortal anuncian previamente al resto de la gente que están a punto de partir. No hay nadie que se lo impida, sino que todos les consideran felices y cada uno de ellos les entrega cartas para sus familiares. Así es como cre- 354 en que es de segura y de una verdad tan extrema la relación

¹⁵⁸ En términos similares se expresa Josefo en el discurso a sus compañeros en Jotapata en III 372.

¹⁵⁹ En *Contra Apión* I 179 se recoge la tradición según la cual los judíos, que en la India reciben el nombre de calanos, por el gimnosofista Calano, descienden de filósofos de aquel lugar. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Todo hombre honrado es libre* 93-96, *Sobre Abraham* 182, y PLUTARCO, *Alejandro* VI 5, mencionan la noticia de que este tal Calano se dejó consumir por el fuego delante de Alejandro Magno; cf. KROLL, «Kalanos», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, X 2, cols. 1544-1546.

355 de las almas entre sí. Después de haber escuchado los en-
 cargos que se les ha encomendado, entregan su cuerpo al
 fuego, para que su alma se separe totalmente pura de él, y
 356 mueren en medio de himnos de alabanza. Sus seres más
 queridos les acompañan en la muerte con más complacencia
 que la de las demás personas cuando despiden a sus ciuda-
 danos para un viaje muy largo. Lloran por ellos mismos,
 mientras tienen por dichosos a aquellos que ya han adquiri-
 357 do un rango inmortal. ¿Acaso no es para nosotros una ver-
 güenza tener unos sentimientos inferiores a los indios y
 deshonar de una manera indigna por culpa de nuestra co-
 bardía nuestras leyes patrias, que son motivo de envidia para
 358 todos los hombres? Pero, aunque desde el principio se nos
 hubieran enseñado normas contrarias a éstas, a saber, que
 para el hombre el bien máspreciado es la vida y que la
 muerte es una desgracia, sin embargo la ocasión del mo-
 mento nos exhorta a soportar la muerte con firmeza de espí-
 ritu, pues vamos a perecer por decisión de Dios y obligados
 359 por la necesidad. Pues, según parece, hace ya tiempo que
 Dios ha tomado contra toda la nación judía la decisión de
 que seamos privados de la vida, dado que no vamos a hacer
 360 uso de ella de un modo conveniente¹⁶⁰. No os echéis a vo-
 sotros mismos las culpas ni les deis las gracias a los roma-
 nos por el hecho de que la guerra contra ellos haya acabado
 con todos nosotros, ya que esto no ha sucedido por la fuerza
 de aquéllos, sino que es una causa superior la que les ha
 361 concedido una aparente victoria. Pues, ¿Cuáles son las ar-
 mas romanas por las que murieron los judíos, que vivían en

¹⁶⁰ Al final de su historia Josefo pone en boca de los sicarios la frase clave de su obra, a saber, que Dios es el que ha decidido la suerte de esta guerra y el que ha abandonado a los judíos y se ha puesto del lado de los romanos; a este respecto puede verse, por ejemplo, el discurso de Josefo a los sitiados en Jerusalén, donde aparece este razonamiento (V 412).

Cesarea?¹⁶¹ Éstos no tenían ninguna intención de rebelarse 362
contra los romanos, sino que mientras celebraban el séptimo
día de la semana la multitud de los habitantes de Cesarea se
lanzó contra ellos y los degolló junto con sus mujeres e hi-
jos, sin que ni siquiera ellos pudieran ofrecer ninguna resis-
tencia con sus manos. Esta gente no respetó ni a los mismos
romanos, que, por habernos rebelado, nos tenían a nosotros
como los únicos enemigos. Pero alguien podrá decir que 363
siempre habían existido diferencias entre los cesarenses y
los judíos que vivían entre ellos y que se aprovecharon de la
ocasión para saciar su antiguo odio. ¿Qué podemos decir de 364
los judíos de Escitópolis?¹⁶² Éstos osaron luchar contra no-
sotros en favor de los griegos, pero no se unieron a noso-
tros, sus compatriotas, para hacer frente a los romanos. De 365
mucho le sirvieron a los judíos la benevolencia y la fideli-
dad que tuvieron con los escitopolitanos: fueron ejecutados
cruelmente por ellos, junto con todas sus familias, y así re-
cibieron la recompensa por aliarse con esta gente. Pues los 366
judíos de allí, como si ellos quisieran hacérselo a sí mismos,
soportaron aquellos males que los habitantes de Escitópolis
les habían evitado sufrir de parte nuestra. Sería ahora muy
largo hablar de cada uno de estos episodios de forma parti-
cular. Sabéis que no hay ciudad en Siria en la que no se ha- 367
yan masacrado a los judíos que en ella habitaban y que la
gente de allí era más enemiga nuestra que de los romanos.
En ese país los damascenos, sin que pudieran inventar una 368
justificación razonable, llenaron su ciudad de una matanza
abominable al degollar a dieciocho mil judíos junto con sus
mujeres y familias¹⁶³. Nos hemos enterado de que son más 369

¹⁶¹ Estos hechos han sido narrados en II 457 ss.

¹⁶² Cf. II 466 ss.

¹⁶³ Cf. II 559 ss., donde se mencionan sólo diez mil quinientos judíos muertos.

de sesenta mil los hebreos que han perecido bajo torturas en Egipto¹⁶⁴. Tal vez estos últimos murieron porque en una tierra extranjera no hallaron nada con que oponerse a los enemigos. Sin embargo, a todos los que en su propio país han emprendido la guerra contra los romanos, ¿qué es lo que les ha faltado de aquello que podía darles esperanzas de una completa victoria? Pues a todos les dieron valor para la re-
370 vuelta las armas, las murallas, las inexpugnables construcciones de las fortalezas y un espíritu que no se acobarda
371 ante los peligros que se afrontan en pro de la libertad. Pero estos elementos, que fueron suficientes por un breve espacio de tiempo y que nos infundieron esperanzas, se convirtieron en el origen de males mayores. Todo fue conquistado, todo sucumbió ante los enemigos, como si todo ello hubiera sido
dispuesto para hacer muy renombrada la victoria de los romanos y no para la salvación de los judíos, que se habían
372 ocupado de su preparación. Es justo considerar dichosos a los que murieron en la lucha, pues cayeron en defensa de la libertad, sin traicionarla. ¿Quién no va a sentir lástima de la cantidad de judíos que han sucumbido a manos romanas? ¿Quién no se dará prisa en morir antes que padecer sus
373 mismos infortunios? Algunos han muerto torturados en el potro o atormentados por el fuego y por el látigo, otros, medio devorados por las fieras, han sido conservados vivos para servirles de pasto una segunda vez, tras haber sido objeto de
374 burla y risa por parte de los enemigos¹⁶⁵. Pero hay que considerar más desgraciados que aquéllos a los que aún viven, que, aunque piden sin cesar la muerte, no logran conseguir-
375 la. ¿Dónde está la gran ciudad, la metrópoli de toda la raza

¹⁶⁴ Cf. II 487 ss.

¹⁶⁵ Sobre los espectáculos romanos con judíos como víctimas véase nota a VII 24.

judía, la urbe que estaba fortificada con tantas series de murallas, protegida con tantas fortalezas y elevadas torres, que apenas podía dar cabida a los instrumentales dispuestos para la guerra y que contenía tantos millares de hombres que combatían por ella¹⁶⁶? ¿Qué le ha sucedido a esta ciudad, 376 que creíamos que tenía a Dios como su fundador? Ha sido destruida y arrancada de raíz y sólo queda como recuerdo suyo el campamento de sus destructores, que aún se levanta sobre sus ruinas. Miserables ancianos permanecen junto a 377 las cenizas del santuario y unas pocas mujeres han sido conservadas por los enemigos para servir al ultraje más vergonzoso. ¿Quién de nosotros, al dar vueltas a estos hechos en la 378 cabeza, va a soportar ver el sol, aunque pudiera vivir sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria o quién será tan cobarde o tan apegado a la vida, que no se arrepienta de haber vivido hasta ahora? ¡Ojalá que todos hubiéramos perecido 379 antes de ver aquella sagrada ciudad demolida por las manos enemigas, antes de ver nuestro Templo santo destruido hasta sus cimientos de un modo tan sacrílego! Pero, 380 dado que nos ha alentado la noble esperanza de que tal vez podríamos vengarnos de nuestros enemigos en nombre de esta ciudad, y dado que ahora esta esperanza se ha esfumado y nos ha dejado solos en esta circunstancia apremiante, démonos prisa en morir con honor, tengamos piedad de nosotros mismos, de nuestros hijos y mujeres, mientras nos sea posible autocompadecernos. Pues nacimos para morir y para 381 ello hemos engendrado a los nuestros, y ni siquiera la gente feliz puede escapar de este final. Sin embargo, la naturaleza 382 no impone a los hombres el ultraje, la esclavitud y el ver a nuestras mujeres llevadas a la deshonra junto con nuestros

¹⁶⁶ Sobre la población de Jerusalén durante el asedio véase la nota a IV 137 y V 569.

hijos, sino que estas desgracias las soportan, a causa de su cobardía, los que, aunque tienen la posibilidad de morir antes de padecerlas, no quieren hacerlo. Nosotros, confiados en exceso en nuestra valentía, nos levantamos contra los romanos y ahora, al final, no les hemos hecho caso cuando nos daban consejos para que nos salváramos¹⁶⁷. ¿Quién no se imagina, entonces, su cólera, si nos capturan vivos? ¡Qué desdichados serán los jóvenes que con su fuerza física resistirán numerosas torturas! ¡Qué desdichados serán también los de mayor edad, que no podrán aguantar los infortunios! Uno verá que su mujer es arrastrada a la fuerza y escuchará, mientras tiene sus manos atadas, la voz del hijo que llama a su padre. Pero mientras nuestras manos estén libres y tengan una espada, ¡que ejecuten una noble acción! Acabemos nuestra vida sin haber sido esclavizados por los enemigos y abandonemos la vida libres, junto con nuestros hijos y mujeres. Esto es lo que nos aconsejan nuestras leyes¹⁶⁸, esto es lo que nos piden nuestras mujeres e hijos. Dios nos ha puesto en este estado de necesidad; los romanos desean lo contrario y temen que alguno de nosotros muera antes de la conquista de Masadá. Démonos prisa para dejarles el estupor de nuestra muerte y el asombro de nuestra audacia en lugar de la satisfacción que esperan obtener con nuestra captura.¹⁶⁹

¹⁶⁷ Cf. VI 350.

¹⁶⁸ La Ley judía, el Pentateuco, no contiene ningún precepto de este tipo, sino que parece más bien de corte estoico, como suele ocurrir en los discursos que Josefo introduce en estos momentos.

¹⁶⁹ Un estudio detallado de estos discursos puede verse en V. NIKI-PROWETZKY, «La mort d'Eléazar fils de Jaire et les courants apologétiques dans le *De Bello Judaico* de Flavius Josèphe», *Mélanges A. Dupont-Sommer*, París, 1971, págs. 461-490. Este elogio de la muerte, que realmente sorprende en boca de un judío, ha de insertarse en el contexto de la literatura apocalíptica hebrea de época intertestamentaria, que adopta un

*Los judíos
de Masadá se
suicidan*

Todos interrumpieron su discurso, aun- 389
que Eleazar quería continuar con sus
arengas, y, llenos de un desenfrenado ar-
dor, le instaron a poner manos a la obra.
Como si estuvieran poseídos por un espí-
ritu divino, se alejaron de allí con el deseo de adelantarse
unos a otros, pues creían que era una demostración de su va-
lentía y de su buen juicio el no aparecer entre los últimos.
¡Así de grande era el deseo, que se apoderó de ellos, de
matar a sus mujeres, a sus hijos y a sí mismos! Y realmente, 390
en contra de lo que uno podría pensar¹⁷⁰, no desfallecieron
cuando se dispusieron a ejecutar su acción, sino que mantu-
vieron con firmeza la resolución que habían tomado al escu-
char las palabras de Eleazar. En todos reinaba un senti-
miento personal y afectivo, pero por encima estaba la razón,
que es la que había tomado la mejor decisión para sus seres
más queridos. Abrazaban y se agarraban a sus mujeres, co- 391
gían en sus brazos a sus niños, con lágrimas en los ojos les
daban sus últimos besos y al mismo tiempo, como si actua- 392
ran con manos ajenas, llevaban a término su decisión. Te-
nían como consuelo de esta necesaria matanza el pensa-
miento de los males que habrían sufrido a manos enemigas.
Al final no se vio que nadie se amedrentara en una audacia 393
de tal envergadura, sino que todos fueron pasando a cuchillo

sinfin de elementos de la cultura helenística imperante. En efecto, como se ha dicho más arriba, los argumentos para justificar el suicidio no están tomados de la Biblia, sino de la filosofía griega.

¹⁷⁰ El suicidio es contrario a la tradición judía, si bien en este contexto es utilizado como un auténtico topos literario, habitual en la historiografía grecorromana. S. D. COHEN, «Masada. Literary tradition, archaeological remains and the credibility of Josephus», *Journal of Jewish Studies*, 1982, págs. 387-398, recoge dieciséis ejemplos de este tipo, a los que hay que añadir el caso de Razis, que en la lucha de Nicanor contra Judas Macabeo se clavó una espada (cf. *II Macabeos* 37-45).

a sus más próximos familiares. ¡Qué gente más desdichada, para quien matar por necesidad a sus mujeres e hijos con sus
394 propias manos les parecía el más pequeño de los males! Pero, como ya no podían soportar su aflicción por lo que habían hecho y como creían que harían una injusticia con los muertos, si seguían viviendo aunque sea un breve espacio de tiempo más, rápidamente hicieron un montón con todas
395 sus pertenencias y le prendieron fuego. Entre ellos eligieron a suerte a diez para que fueran los verdugos de todos. Cada uno se tumbó junto a su mujer y a sus hijos, que yacían muertos, se abrazó a ellos y entregó su cuello sumiso a los
396 que tenían encomendado esta funesta tarea. Después de que éstos degollaran a todos sin inmutarse, siguieron la misma norma del sorteo entre ellos, de modo que el que fuera elegido matara a los nueve restantes y al final se suicidara. De esta forma todos tenían la confianza de que no habría ninguna diferencia entre unos y otros en ejecutar o sufrir esta
397 crueldad. Al final los nueve ofrecieron su cuello, mientras que el último y único que quedaba pasó su mirada por encima de la gran cantidad de cadáveres que yacían en el suelo, por si aún había en medio de la inmensa matanza alguno que necesitara su mano. Cuando vio que todos estaban muertos, provocó un gran incendio en el palacio y con toda la fuerza de su mano se clavó en su cuerpo su espada completa y cayó al lado de sus familiares. Estos individuos murieron con la idea de que no habían dejado viva a nadie de
398 su gente para que cayera en manos de los romanos. Sin embargo, una anciana y otra mujer, que era pariente de Eleazar¹⁷¹ y que destacaba sobremanera del resto de las mujeres por su inteligencia y su educación, se habían escondido con

¹⁷¹ Al igual que en la toma de Gamala sólo se salvan dos mujeres; cf. IV 81-82.

sus cinco hijos sin que nadie los viera en las galerías subterráneas, que conducían el agua potable por debajo de la tierra, mientras los demás judíos discurrían sobre la forma de matarse. El número de las víctimas alcanzó un total de novecientos sesenta, con las mujeres y niños incluidos. Esta catástrofe tuvo lugar el día quince del mes de Jántico¹⁷².

Los romanos, que aún esperaban una batalla, desde el amanecer estaban ya armados y, tras colocar pasarelas sobre los terraplenes para que sirvieran de puente de acceso a la fortaleza, asaltaron Masadá. Pero, al no ver a ninguno de los enemigos, sino sólo una terrible soledad por todas partes y, en el interior, fuego y silencio, se quedaron perplejos ante lo que había sucedido. Finalmente, como si fueran a empezar a disparar, lanzaron grandes gritos, para que alguno de los dentro les respondiera. Las mujeres escucharon este vocerío, salieron de los subterráneos y contaron a los romanos cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Una de ellas expuso con todo detalle y claridad las palabras de Eleazar y de qué modo se había llevado a cabo la matanza. Los romanos no les prestaron mucha atención, ya que no se creían la magnitud de la audacia. Apagaron el fuego, se abrieron rápidamente camino a través de él y llegaron al interior del palacio. Cuando allí se toparon con el montón de muertos, no se alegraron, como suele ocurrir con los enemigos, sino que se llenaron de admiración por la valentía de su resolución y por el firme menosprecio de la muerte que tanta gente había demostrado con sus obras¹⁷³.

¹⁷² SCHÜRER, *Historia...*, I pág. 653, sitúa el suicidio masivo de Masadá al día siguiente de la Pascua, en la primavera del año 73, a pesar de que hay opiniones que optan por abril del 74.

¹⁷³ La traducción latina de esta obra, conocida como el Pseudo Hege-sipo, acaba aquí su relato, con la caída de Masadá, pues en este momento, tras la muerte de Cristo, Dios ha abandonado a su pueblo. Josefo, ajeno a

- Una vez que Masadá fue conquistada de esta manera, el general romano dejó en la fortaleza una guarnición y se retiró con su ejército a Cesarea¹⁷⁴. Realmente ya no quedaba en la región ningún enemigo, sino que toda ella había sido subyugada por completo por la larga guerra, que a muchos judíos, incluso de las zonas más alejadas, les había provocado inquietud y la amenaza de una sublevación. Además, después de estos acontecimientos, sobrevino la muerte de muchos judíos en Alejandría de Egipto. Pues los sicarios, que habían podido escapar de la revuelta y refugiarse allí, no se contentaron con haberse salvado, sino que de nuevo se dedicaron a actividades subversivas y convencieron a muchos de los que les habían dado cobijo para que reivindicaran su libertad, para que no se creyeran que los romanos eran superiores a ellos y para que tuvieran a Dios como el único señor. Pero, como algunos notables judíos se les opusieron, los degollaron y a los demás les hostigaron con sus continuas llamadas a la revuelta. Cuando los jefes del Consejo de los Ancianos¹⁷⁵ vieron esta actitud demente, consi-

esta perspectiva, continúa su historia con otros acontecimientos. Por su parte el texto hebreo de la *Guerra de los judíos*, el *Josippon* del siglo X, transforma este episodio mediante la eliminación del suicidio y la inclusión de una lucha heroica.

¹⁷⁴ Al igual que en los tiempos de los procuradores, la residencia de los gobernadores es en esta época Cesarea, no Jerusalén. Aquella ciudad, mencionada por TÁCITO, *Historias* II 78, como *Caesarea Iudaeae caput*, fue convertida por Vespasiano en colonia romana con el nombre oficial de *Colonia prima Flavia Augusta Caesariensis*. No obstante, el propio TÁCITO, *Historias* V 8, distingue entre la capital nacional de los judíos, que es Jerusalén, y la capital de la provincia romana.

¹⁷⁵ FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 10, informa de cómo el etnarca de la comunidad judía de Alejandría estaba, desde el año 11 d. C.,

deraron que no era seguro para ellos dejarles actuar así, sino que reunieron en asamblea a todos los judíos y en ella denunciaron la locura de los sicarios y demostraron que ellos eran los culpables de todos los males. Dijeron también que éstos, al no tener, después de haber huido, ninguna esperanza segura de salvación, pues los romanos les matarían en cuanto los cogieran, hacían partícipes ahora de sus desgracias a los que no tenían nada que ver con sus crímenes. Por consiguiente, pidieron a la multitud que tomara precauciones ante el desastre que los sicarios representaban y que los entregaran a los romanos para así disculparse ante ellos. Los judíos, que comprendían la magnitud del peligro, se dejaron convencer por estas palabras, se lanzaron con gran ímpetu contra los sicarios y se apoderaron de ellos. Inmediatamente capturaron a seiscientos y, no mucho después, apresaron y devolvieron a sus lugares de origen a cuantos se habían refugiado en Egipto y en la Tebas egipcia. No había nadie que no se quedara maravillado de su tenacidad ni de su locura, que tal vez haya que llamar firmeza de carácter. Pues, aunque se ensayó con ellos todo tipo de tormentos y de daños corporales con el único fin de que reconocieran a César como su señor, sin embargo ninguno cedió ni estuvo dispuesto a hacer esta confesión, sino que todos mantuvieron sus convicciones, por encima de las coacciones, como si aceptaran los suplicios y el fuego con un cuerpo insensible y un alma que casi se alegraba con ello. Lo que más atónitos dejó a los que veían este espectáculo fueron los niños de corta edad, pues ninguno de ellos pudo ser obligado a llamar señor a

supervisado por una Gerusía o un Consejo de Ancianos; cf. también *Antigüedades* XIV 117, XIX 282-283, y P. JOUGUET, *La vie municipale dans l'Égypte romaine*, Paris, 1911, págs. 38-39.

César. ¡Tan grande era el poder que tenía la fuerza de su audacia sobre la debilidad de sus cuerpos!

420 Lupo¹⁷⁶, que entonces gobernaba Ale-
 421 *Final del templo* jandría, envió rápidamente a César in-
de Onías en formación sobre esta revuelta judía. Éste,
Egipto que miraba con desconfianza los movi-
 temía que de nuevo se reagruparan y captaran para su causa
 a otros aliados, ordenó a Lupo destruir el templo judío que
 había en el territorio conocido por el nombre de Onías¹⁷⁷.
 422 Este lugar¹⁷⁸ está en Egipto y fue fundado con este nombre
 423 por el siguiente motivo. Onías, hijo de Simón, uno de los
 sumos sacerdotes de Jerusalén, escapó de Antíoco¹⁷⁹, rey de
 Siria que estaba en guerra con los judíos, y llegó a Alejan-
 dría. Allí fue recibido amistosamente por Ptolomeo¹⁸⁰ a
 causa del odio que sentía contra Antíoco y le dijo que le
 procuraría la alianza del pueblo judío, si accedía a sus peti-
 424 ciones. Como el rey prometió hacer lo que pudiera, Onías le
 pidió permiso para edificar un templo en algún sitio de
 Egipto y venerar a Dios según las costumbres de sus padres.
 425 Pues de esta forma los judíos serían aún más hostiles con

¹⁷⁶ Ésta es la única mención que conocemos sobre este personaje.

¹⁷⁷ La historia de este templo ha sido recordada en I 31, 33, 190 y *Antigüedades* XII 387 y 22, XIII 62-73 y XX 236 y ss., aunque los textos son contradictorios tanto en el nombre del fundador, Onías III o IV, como en la fecha de erección, 160 ó 147; cf. H. DELCOR, «Le temple d'Onías en Egypte, réexamen d'un vieux problème», *Revue Biblique* 75 (1968), 188-205.

¹⁷⁸ El territorio de Onías, Leontópolis, estaba situado al nordeste de Menfis y ha sido identificado con la actual Tell el-Yehudiye, «Colina de los judíos», 31 kilómetros al norte del Cairo.

¹⁷⁹ Antíoco Epífanes; cf. VII 44.

¹⁸⁰ Ptolomeo VI Filométor; cf. *Antigüedades* XIII 62.

Antíoco, que había devastado el Templo de Jerusalén, tendrían más afecto hacia él y muchos hebreos se concentrarían en este país por la tolerancia para practicar su religión.

Ptolomeo, convencido por las palabras de Onías, le concedió un territorio, que distaba de Menfis ciento ochenta estadios, en el distrito llamado Heliópolis¹⁸¹. Onías construyó allí una fortaleza y levantó un templo no como el de Jerusalén, sino muy parecido a una torre, con grandes piedras y una altura de sesenta codos. Sin embargo, en la disposición del altar imitó al de Jerusalén y adornó el lugar con los mismos objetos votivos, excepto la forma del candelabro¹⁸². Pues no puso un candelabro, sino que forjó una lámpara de oro, que destellaba una luz brillante, y la colgó de una cadena dorada. Todo el recinto estaba rodeado por un muro de ladrillos cocidos y sus puertas eran de piedra. Además, el rey concedió un gran terreno, que produjera ingresos, para que los sacerdotes tuvieran abundancia de todo y hubiera muchas provisiones para el culto divino. Sin embargo, Onías no había hecho esto por un motivo inocente, sino que estaba resentido por haber sido desterrado de Jerusalén y quería rivalizar con los judíos de esa ciudad. Por ello pensó que, si levantaba este templo, se atraería a mucha de la población de allí. Existía una antigua profecía, pronunciada seiscientos años antes por un personaje de nombre Isaías¹⁸³, según la cual la construcción del templo de Egipto iba a ser llevada a cabo por un hombre judío. De esta forma se erigió este templo.

¹⁸¹ La *Historia de Egipto* de MANETÓN situaba a Moisés como primer sacerdote de Heliópolis, que fue expulsado de allí por ser leproso. JOSEFO, en *Contra Apión* I 250-387, critica las calumnias antijudías de este relato.

¹⁸² Cf. V 217 y VII 148-149.

¹⁸³ *Isaías* 19, 19; cf. *Antigüedades* XIII 68. El cómputo de años es bastante exacto, pues Isaías se sitúa entre el 740 y 700 a. C. y la construcción del Templo de Leontópolis después del 170 a. C.

433 Cuando el gobernador de Alejandría, Lupo, recibió las
 cartas de César, se dirigió al templo, se apropió de alguna de
 434 sus ofrendas y clausuró el lugar. Al poco tiempo murió Lu-
 po y fue sucedido en el gobierno por Paulino, que no dejó
 en el templo ninguno de los objetos votivos, pues había pro-
 ferido grandes amenazas contra los sacerdotes, si no le en-
 entregaban todo. No dejó acercarse al recinto sagrado a los
 435 que querían cumplir con sus prácticas religiosas, sino que
 cerró las puertas y dejó el lugar totalmente inaccesible, de
 forma que allí no quedó ninguna huella del culto a Dios.
 436 Habían transcurrido trescientos cuarenta y tres años desde la
 edificación del templo hasta su destrucción¹⁸⁴.

437 *Los sicarios* La demencia de los sicarios se adueñó
de Jonatán también, como una peste, de las ciudades
 438 *se sublevan* próximas a Cirene. Se había refugiado allí
en Cirene. Jonatán, un individuo muy malvado, teje-
El gobernador dor de profesión, que convenció a un gran
Calulo en contra número de gente pobre para que le siguie-
de los judíos y ra y la condujo al desierto con la promesa
 439 *de Flavio Josefo* de mostrarle señales y apariciones¹⁸⁵. Estas actividades y
 engaños pasaron desapercibidos a todos los demás, si bien
 los judíos¹⁸⁶ más notables de Cirene denunciaron ante el

¹⁸⁴ La cifra no es correcta: desde la erección del templo, poco después del 170 a. C., hasta su cierre por Vespasiano en el 73 a. C. han pasado doscientos cuarenta y tres años. No obstante en el número trescientos cuarenta y tres se han querido ver razones místicas de valor simbólico de los números (7×7×7) en lugar de un error; cf. el comentario *ad loc.* de THACKERAY.

¹⁸⁵ La importancia de este tipo de retiradas al desierto en las revueltas judías ha sido comentada en notas a IV 174 y 407.

¹⁸⁶ Ya desde antiguo fue numerosa la comunidad judía de Cirene, que tuvo enfrentamientos con los habitantes griegos del lugar (cf. *Antigüedades XVI* 169-170). En Jerusalén existía una sinagoga para los judíos de

governador de la Pentápolis de Libia¹⁸⁷, Catulo, la salida y las maquinaciones de Jonatán. El jefe romano envió soldados de caballería y de infantería y así sometió con facilidad a aquellos judíos, que estaban desarmados. La mayoría de ellos perecieron en la lucha, mientras que algunos fueron capturados vivos y llevados ante Catulo. El autor de la conjura, Jonatán, pudo entonces escapar y, tras una intensa y muy concienzuda búsqueda por toda la región, fue apresado y conducido ante el gobernador. Ingenió la forma de librarse del castigo y con ello dio pie a Catulo para que cometiera injustos crímenes, pues acusó falsamente a los judíos más ricos de ser los instigadores de su conjura. El gobernador romano admitió con presteza tales calumnias, exageró mucho los hechos y les añadió un gran color trágico, para que diera la impresión de que él también había terminado con éxito una guerra contra los judíos. Pero lo peor de ello fue que, además de creer sin ningún miramiento sus mentiras, el propio Catulo fue maestro de los sicarios en esta materia. Ordenó a Jonatán que denunciara a uno de los judíos, Alejandro, con el que tenía una manifiesta enemistad por haberse enfrentado con él hacía tiempo. Incluyó también en la calumnia a su mujer Berenice y empezó por condenar a muerte a estos dos. Luego ejecutó de golpe a mil hombres, a todos los judíos que sobresalían por su riqueza. Pensó que

Cirene, a la que debían ir en peregrinación (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 10; *Marcos* 15, 21); cf. S. APPLEBAUM, *Jews and Greeks in ancient Cyrene*, Leiden, 1979. La revuelta judía de Cirene es mencionada también por otras fuentes literarias: ARTEMIDORO, *La interpretación de los sueños* IV 24, EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* IV 2, 2-3, y OROSIO, VII 12, 6, entre otras.

¹⁸⁷ Pentápolis es otro de los nombres de la provincia romana Cirenaica (cf. PLINIO, *Historia natural* IX 31), que recibe esta denominación por estar constituida por las colonias de Berenice, Hadriané, Teuqueira, Ptolemaida y Cirene, a la cabeza.

podía cometer estos crímenes impunemente, ya que confiscaba los bienes de estos judíos para el tesoro imperial.

447 Para que ninguno de los judíos de otras regiones denunciara su injusticia, llevó aún más lejos su mentira y persuadió a Jonatán y a algunos de los que habían sido arrestados junto con él para que acusaran de rebelión a los judíos más
448 insignes de Alejandría y de Roma. Uno de los inculpados de esta forma insidiosa era Josefo, el autor de este libro¹⁸⁸. Pero esta trama no resultó según esperaba Catulo, pues llegó a
449 Roma con Jonatán y sus hombres encadenados y pensaba que la investigación se centraría en las falsas acusaciones
450 hechas por iniciativa suya delante de él. Vespasiano, que sospechaba la trama, indagó la verdad y, cuando descubrió que la acusación contra estos hombres era injusta, a petición de Tito, los dejó absueltos de las imputaciones e impuso a Jonatán la pena que se merecía: fue torturado y luego quemado vivo.

451 Gracias a la bondad de los emperadores Catulo no tuvo que soportar entonces más que una reprimenda. No mucho tiempo después enfermó de una complicada e incurable dolencia y murió de un modo miserable: recibió su castigo no sólo en el cuerpo, sino que la enfermedad le afectó grave-
452 mente a su espíritu. Estaba totalmente trastornado por el miedo y continuamente gritaba que veía delante de él los fantasmas de las personas que había asesinado. Como no podía resistirlo, se tiraba de la cama, como si le estuvieran
453 torturando o quemando con fuego. La enfermedad iba aumentando progresivamente su intensidad y las entrañas se le salían del cuerpo a causa de las úlceras que tenía. De esta

¹⁸⁸ En *Autobiografía* 424 JOSEFO recuerda cómo fue acusado de haber entregado armas y dinero a los sublevados de Cirene.

manera murió, como un destacado ejemplo de que la Providencia divina castiga a los malvados¹⁸⁹.

*Epílogo
a la «Historia
de la guerra
de los judíos»*

Éste es el final de nuestra historia, ⁴⁵⁴
que prometimos transmitir con toda exac-
titud a los que quieran saber de qué modo
se desarrolló esta guerra de Roma contra
los judíos¹⁹⁰. Dejo que los lectores juz- ⁴⁵⁵
guen su estilo literario¹⁹¹, pero, en relación con la verdad de
los hechos, no tengo ningún rubor en decir que éste ha sido
el único objetivo que he perseguido en toda la narración.

¹⁸⁹ Acerca de la actuación de la Providencia divina en el acontecer histórico, véase el apartado 5 de la Introducción.

¹⁹⁰ Cf. el Proemio de la obra, I 1-30.

¹⁹¹ Según el comentario de THACKERAY ésta puede ser una alusión a la traducción griega de la obra original aramea, mencionada en I 3.

ÍNDICE DE NOMBRES *

- Abila: IV 438.
Abraham: IV 31; V 380.
Acatela (padre de Simón): VI 148; *vid.* también Caata.
Acaya: IV 499.
Ácidos, fiesta de los: IV 402; VI 290, 421; *vid.* también Pascua.
Acra (ciudadela de Jerusalén): V 137-139, 253; VI 354.
Acrabatene: IV 504, 511, 551.
Adiabene: IV 567; V 147, 252, 474.
Adida: IV 486.
Aftia: IV 155.
Ageo: VI 270.
Agripa I: V 148, 152.
Agripa II: IV 2, 14, 498, 500.
Aín: IV 511, 517.
alanos: VII 244, 250-251.
Albino: VI 305.
Alejandría: IV 605-606, 612-613, 631, 656-657; V 2, 44, 169, 287; VI 238; VII 21, 75, 409.
Alejandro (alabarca de Alejandría): V 205.
Alejandro (judío de Cirene): VII 445.
Alejandro (Magno): V 465; VII 245.
Alejandro (Tiberio): IV 616; V 45, 205, 510; VI 237, 242.
Alejandro Janeo: V 304; VII 171.
Alexas (soldado judío): VI 92, 148
Almendro, piscina del (en Jerusalén): V 468.

* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

- Aluro: IV 522.
- Amígdalo: *vid.* Almendro, piscina del.
- Amato, baños de: IV 11 .
- Ananías (hijo de Masbalo): V 532.
- Ananías (padre de Jesús): VI 300.
- Anano (hijo de Bagadato): V 531; VI 229.
- Anano (sumo sacerdote): IV 151, 160, 162, 193-194, 196-197, 203, 205, 209, 211, 215-216, 218-219, 224, 226, 228-229, 232, 236, 238, 288, 296-297, 301, 316, 318, 321-322, 325, 349, 508 .
- Anano (sumo sacerdote), tumba de: V 506.
- Anficalleo (padre de Zacarías): IV 225.
- Antígono (hijo de Aristóbulo II): V 398.
- Antíoco IV (rey de Comagene): V 461; VII 219-221, 225, 228, 230, 234-235, 238, 240.
- Antíoco IV Epifanes: V 394; VI 436; VII 44, 423.
- Antíoco V Eupátor: VII 423.
- Antíoco Epifanes (rey de Comagene, hijo de Antíoco IV de Comagene): V 460, 462-463; VII 221, 232, 236, 241.
- Antioquía: IV 630; VII 41, 43-44, 47, 53-54, 56, 100, 102, 105-106, 111.
- antioquenos: VII 41, 47, 51, 107, 110.
- Antipas (familiar de Agripa II): IV 140.
- Antípatris: IV 443.
- Antonia (fortaleza): V 146, 149, 183, 192, 238, 240, 244-246, 260, 267, 304, 356, 358, 467, 469, 486, 523; VI 15, 23, 30, 32, 45, 68, 74, 82, 86, 93, 133, 135, 145, 149, 165-166, 246, 249, 311 .
- Antonio (Marco Antonio): VII 301.
- Antonio Primo: IV 495, 633-634, 636, 639, 643, 645, 650, 654.
- Apeleo (mes): IV 654.
- árabes: V 556; VII 172.
- Arabia: V 160.
- Arcea (Arca del Líbano): VII 97.
- Ardala: VI 360-361.
- Aregetes (padre de Sifa): IV 141.
- Ari (padre de Simón): VI 92, 148; VII 215.
- Arino (padre de Simón): V 250.
- Aristeo: V 532.
- Aristobulo II (hijo de Alejandra): V 396, 398; VII 171.
- Aristobulo (hijo de Herodes, rey de Calcidia): VII 226.
- Armenia: VII 18, 248.
- Arquelao (hijo de Magadato): VI 229.

- Artabaces: I 363.
 Artemisio (mes): V 302, 466; VI 296.
 Artorio: VI 188.
 Ascalón: IV 663.
 Asfáltitis (Mar Muerto): IV 437-438, 453, 455-456, 474, 476; VII 168, 281.
 asirios: V 303, 387-388, 504.
 Asmoneos: V 139.
 Asoqueo (Sisac): VI 436.
 Augusto: V 562.
 Azoto: IV 130.

 Baara: VII 180.
 Babilonia: V 212, 389, 391; VI 437, 439.
 babilonios: V 411; VI 104, 250, 268, 439.
 Bagadato (padre de Anano): V 531.
 Baris (padre de Zacarías): IV 335.
 Baso: *vid.* Lucilio Baso.
 Batanero, monumento del: V 147.
 Bedrfaco: IV 547.
 Belga (padre de Meiro): VI 280.
 Berenice (esposa de Alejandro, judío de Cirene): VII 445.
 Berito: IV 620; VII 39, 96.
 Besimot: IV 438.
 Betabris: IV 447.
 Betela: IV 551.
 Betenabris: IV 420.
 Betezuba: VI 201.
 Betletefa: IV 445.

 Betso: V 145.
 Bezeta: V 149, 151, 246; *vid.* también Ciudad Nueva.
 Bitinia: VI 81.
 Boeto: V 527.
 Britania: VII 82.
 britanos: VI 331.
 Brixelo: IV 548.

 Caata (padre de Simón): IV 271; V 249; *vid.* Acatela.
 Cafartoba: IV 447.
 Cafetra: IV 552.
 Cagiras (hijo de Nabateo): V 474.
 Calcídica: VII 226.
 Calínico (rey de Comagene): VII 232.
 Campamento de los asirios: V 303, 504.
 Capadocia: IV 632; VII 18.
 Capitolio: IV 495, 645, 647; VII 153, 218.
 Carabin: IV 552.
 Cares: IV 18, 68.
 cartagineses: VI 332.
 Casa de los Garbanzos (aldea próxima a Jerusalén): V 507.
 Cástor: V 317-319, 322, 325, 327-328, 330.
 Catulo (gobernador de la Pentápolis de Libia): VII 439, 440-441, 444, 449, 451.
 Cecinna Albino: IV 547, 634, 640, 644.
 Cedrón, barranco del: V 70, 147, 252, 254, 303, 504; VI 92.

- centurión: IV 37-38, 437; V 502; VI 81, 175, 262; VII 238.
- Cereal, Petilio: VII 82-84.
- Cereal Vetiliano: VII 163; *vid.* Cereal Vetuleno.
- Cereal Vetuleno, Sexto: IV 552-552; VI 131, 237, 242; VII 163.
- César (Claudio): *vid.* Claudio.
- César (Domiciano): VII 85; *vid.* también Domiciano.
- César (Tito): V 63, 67, 94, 97, 121-122, 128, 262, 287, 311, 318, 325, 329, 331, 341, 347, 373, 457, 488, 503, 524, 541, 566; VI 56, 70, 83, 89-90, 95, 115, 129, 133, 142, 154, 163, 182, 215, 246, 256, 258, 260, 263, 265-266, 284, 325-326, 356, 386-387, 414, 416; VII 1, 5, 21, 31, 36, 39, 58, 63, 96.
- César (Vespasiano): VII 220, 223, 242-243, 418, 420, 433; *vid.* también Vespasiano.
- Cesarea de Filipo: VII 23.
- Cesarea Marítima: IV 88, 130, 419, 443, 491, 501, 550, 588, 620, 663; V 1, 40; VII 20, 23, 36, 361, 407.
- Cesenio Peto: VII 59, 220, 225, 230, 238.
- Cestio Galo: V 41, 267, 302; VI 338, 422; VII 18.
- Cidasa: IV 104.
- Cilicia: VII 234, 238.
- Cirene: VI 114; VII 437, 439.
- Ciro el Grande: V 389; VI 270.
- Ciudad Baja: IV 581; V 11, 137, 140, 253; VI 363.
- Ciudad Alta: V 11, 137, 139, 245, 252, 260, 356, 445; VI 325, 363, 374.
- Ciudad de los Elefantes: IV 611.
- Ciudad Nueva: V 151, 246, 269, 331, 504; *vid.* también Bezeta.
- Ciudadela de Jerusalén: V 137; *vid.* también Acra.
- Civil: VII 80.
- Clásico: VII 80.
- Claudio: V 152.
- Cleopatra (esposa de Marco Antonio): VII 300.
- Chusot (padre de Fineas): IV 235.
- Colega: *vid.* Gneo Colega.
- Comagene: V 461; VII 219, 224-225.
- Comandante del Templo: VI 294.
- Consejo (= Sanedrín): IV 214, 243; V 144, 533; VI 353.
- Consejo de Ancianos (en Alejandría): VII 412.
- Copto: IV 608.
- Corcira: VII 22.
- Corea: IV 449.
- Corinto, puerta de: V 201.
- Cremona: IV 634, 642.
- Dafne (lugar próximo al lago Semeconitis): IV 3.
- Dagón (divinidad filisteo): V 384.
- Daisio (mes): IV 449, 550.

- Daleo (padre de José): VI 280.
 Damasco: VII 368.
 David: V 137, 143; VI 439.
 decurión: IV 36, 442; V 503.
 Destino: IV 257, 297; V 355, 572; VI 14, 49, 84, 108, 250, 267, 314, 428; *vid.* también Fortuna.
 Diáspora: VI 442.
 Dios: IV 26, 33, 104, 150-151, 163-164, 191, 281, 288, 323, 362, 370, 382, 388, 543, 573, 626; V 2, 19, 39, 60, 187, 218, 236, 278, 434, 367-368, 377-378, 380-382, 384, 386-387, 389-390, 392, 394, 396, 398, 400, 404, 407-408, 412-413, 415, 438, 458-459, 519, 559, 564; VI 4, 38, 94-95, 97-101, 104, 108, 110, 171, 215, 250, 285-286, 288, 295, 300, 310, 335, 371, 390, 319, 401, 411, 433, 438; 33-34, 73, 101, 131, 136, 260, 263-264, 267, 271, 319, 323, 325, 327-328, 330-331, 333, 343, 346, 349, 358-359, 366, 376, 387, 410, 424, 435.
 Doleso: IV 416.
 Domiciano: IV 646, 649, 654; VII 37, 85, 88, 152.
 Domicio Sabino: V 340.
 Dorcas (padre de Juan): IV 145.
 Distro (mes): IV 413.
 Ebucio: IV 36.
 Efraín: IV 551.
 egipcios: IV 176; V 379, 381; VII 199.
 Egipto: IV 402, 530-531, 605, 609, 616; V 1, 45, 99, 379, 382-383; VI 341, 418, 436; VII 19, 111, 116, 300, 369, 406, 409, 416, 422, 424, 432.
 Eleazar (hijo de Jairo): VII 253, 275, 297, 320, 337, 339, 389, 391, 399, 404.
 Eleazar (hijo de Simón): IV 225; V 5, 12, 21, 99, 250.
 Eleazar (padre de María): VI 201.
 Eleazar (prisionero judío de Maqueronte): VII 196, 198, 201-205.
 Eleazar (compañero de Simón, hijo de Giora): VI 227.
 Elefantina (ciudad de Egipto): IV 611.
 Elías: IV 460.
 Eliseo: IV 460-464.
 Emaús (Nicópolis): IV 444, 449; V 42, 67, 532; VI 229.
 Emaús (localidad próxima a Jerusalén): VII 217.
 Emesa: VII 226.
 Eneas: V 326-327.
 Engadí: IV 402.
 Eniaquim (tribu sacerdotal): IV 155.
 Epífanos: *vid.* Antfoco Epífanos (rey de Comagene).
 Escitópolis: IV 54, 87, 453; VII 364.

- Escopo (monte): V 67, 106, 108.
 Esenios, puerta de los: V 145.
 España: IV 494.
 espectáculos circenses: VII 23,
 37, 49, 96, 132.
 Espinos, valle de los: V 51.
 Esrón (padre de Simón): V 6.
 Estrutio: *vid.* Gorrión, piscina del.
 Etiopía: IV 608.
 Éufrates: V 44, 252; VI 343; VII
 17, 105, 224, 236.
 Europa: IV 598.
 Ezequías (hijo de Cobaris): V 6.

 Fani (hijo de Samuel): IV 155.
 Faraón: *vid.* Neco (Faraón).
 Faros: IV 613; V 169.
 Fasael (hermano de Herodes): V
 166.
 Fasael, torre de: V 166; VII 1.
 Fenicia: VII 39.
 Ferete: IV 512.
 Filippo (hijo de Jácimo): IV 81.
 Fineas (general idumeo, hijo de
 Clusot): IV 235.
 Fineas (guardián del Tesoro del
 Templo): VI 390.
 Fonteyo Agripa: VII 91.
 Foro Romano: IV 494, 546; VII
 154.
 Fortuna: IV 40, 179, 238, 243,
 366, 438, 591, 607, 622; V 78,
 88, 121-122, 367, 461, 465;
 VI 44, 57, 63, 173, 282, 399-
 400, 413; VII 7, 203; *vid.* tam-
 bién Destino.

 Frigia: IV 632.
 Frontón Heterio: VI 238, 242,
 416, 419.

 Gabat Saúl: V 51.
 Gabinio: VII 171.
 Gadara: IV 413-414, 417, 419.
 Galba: IV 494, 498-499, 546.
 Galia: IV 440, 494, 547, 634;
 VII 88.
 Galilea: IV 84, 120, 127, 249;
 V 408; VI 339; .
 galileos: IV 1, 96, 105, 558.
 Galo: IV 37.
 galos: VII 76.
 Gamala: IV 2, 4, 11, 26, 49, 54,
 59, 62, 78, 83, 160.
 Gamalas (padre de Jesús): IV 160.
 Gamaliel (padre de Simón): IV
 159.
 Garis: V 474.
 Gaulanítide: IV 2 .
 Gaza: IV 662.
 Genat, puerta de: V 146.
 Gerasa: IV 487, 503.
 Germania: IV 546, 586, 595.
 germanos: VI 331; VII 75, 89.
 Gerusía (en Alejandría): *vid.*
 Consejo de Ancianos.
 Gión: IV 225.
 Giora (padre de Simón): IV 503;
 V 11; VI 114; VII 25, 154,
 265.
 Gipteo: V 474; VI 92, 148.
 Giscala: IV 1, 84, 86, 92, 123,
 123-124, 130, 208.

- Gneo Colega: VII 58, 60.
 gobernador: IV 616, 621, 633;
 V 46; VI 303, 305; VII 58-
 59, 220, 433, 439, 441, 443.
 Gofna: IV 551; V 50; VI 115,
 118.
 Gorión (hijo de José): IV 159,
 358.
 Gorpieo (mes): IV 83; VI 392,
 407, 435.
 Gorrión, piscina del (en Jeru-
 salén): V 467.
 Gran Llanura (de Asoquis): IV
 54.
 Gran Llanura (del valle del Jor-
 dán): IV 455.
 Grapte: IV 567.
 Grecia: IV 501; VII 22.
 griegos: IV 496.
- Hebrón: IV 529-530.
 Helena (reina de Adiabene): V
 55, 119, 147; V 253; VI 355.
 Heliópolis: VII 426.
 Heracleópolis: IV 660.
 Herodes el Grande: V 161, 166,
 238, 245, 398; VII 172, 179,
 285, 294, 300-301, 303.
 Herodes (rey de Calcidia, hijo de
 Aristobulo), monumento de:
 V 108, 507.
 Herodio (fortaleza próxima a Je-
 rusalén): IV 518, 555; VII 163.
 Hiperbereteo (mes): IV 63, 83.
 Hípico, torre de: V 134, 144, 147,
 161, 163, 284, 304; VII 1.
- Idumea: IV 232, 446-447, 511,
 515, 516, 523, 529, 534,
 552, 556.
 idumeos: IV 224, 228-229, 231,
 233, 236, 270, 273, 279, 281,
 283, 288, 290, 291, 295, 300,
 305-310, 314, 326, 345, 348,
 351, 353-354, 517, 520, 522,
 526, 535, 566, 568, 570; V
 248-249, 290, 358; VI 92,
 148, 378-381; VII 267.
 Imperio: IV 441, 499, 502, 589,
 592, 599, 601, 605, 616, 622-
 623, 626, 652, 657; V 2, 310;
 VI 241, 330, 342; VII 9, 79,
 133, 158, 222, 242.
 indios: VII 351, 357.
 Isis, templo de: VII 123.
 Istro: VII 90.
 Itabirion: IV 1, 54, 61.
 Italia: IV 545, 587, 591, 598,
 632, 634; V 367; VII 20, 63,
 117.
 Iza: IV 567; *vid.* también el si-
 guiente.
 Izates (rey de Adiabene): V 147;
 VI 356.
- Jácimo (padre de Filippo): IV 81.
 Jacobo (hijo de Sosas): IV 235,
 521-522; V 249; VI 92, 148,
 380.
 Jamnia: IV 130, 444, 663.
 Jántico (mes): IV 577; V 99, 567;
 VI 290; VII 401.
 Jardes: VII 210.

- Jeconías: VI 103.
 Jericó: IV 431, 450-451, 459, 461, 474-475, 486; V 42, 69.
 Jerusalén: IV 61, 89, 104, 106, 115, 120-121, 127, 129, 135, 138, 146, 235, 353, 376, 399, 401, 412, 451, 474, 486, 490-491, 497, 503, 513, 540, 551, 554-556, 577, 578, 658; V 2, 40, 42, 51, 67, 70, 98, 133, 136, 148, 258, 334, 360, 408, 411, 493, 496, 499, 520; VI 1, 102, 201, 301, 304, 306, 407, 421, 435, 438, 442; VII 4, 17, 21, 26, 44, 75, 112-113, 148, 210, 215, 217-218, 423, 426-428, 431.
 Jesús (hijo de Ananías): VI 300, 302, 307.
 Jesús (hijo de Gamalas): IV 160, 238, 270, 283, 316, 322, 325.
 Jesús (hijo de Nun): IV 459.
 Jesús (hijo de Zebedeo): VI 387.
 Jesús (sumo sacerdote): VI 114.
 Jonatán (Macabeo, hijo de Matías): VII 285.
 Jonatán (sicario de Cirene): VII 438-439, 441, 445, 447, 449-450.
 Jonatán (soldado judío): VI 169, 173, 176.
 Jope: IV 663.
 Jordán: IV 433, 450-451, 454-455, 474; VI 201.
 Jordán, Pequeño: IV 3.
 José de Gamala: IV 18, 66.
 José (hijo de Daleo): VI 280.
 José (padre de Gorión): IV 159.
 José (sumo sacerdote): VI 114.
 Josefo, Flavio: IV 9, 18, 56, 66, 623-624, 626-627, 629; V 114, 261, 325-326, 361-362, 372, 375, 420, 533, 541-542, 544, 546-547; VI 94, 96, 98, 99, 111-112, 114, 118, 129, 365; VII 448.
 Josué: *vid.* Jesús (hijo de Nun).
 Jotapata: IV 1, 4, 624; V 544.
 Juan de Giscala: IV 85, 98, 103, 104, 106, 111, 114-115, 117, 121, 126, 208, 212, 214-216, 226, 389, 395, 503, 559, 564-565; V 5, 10, 36, 100, 250, 254, 266, 278, 304, 358, 423, 440, 455, 469, 528, 562; VI 15, 28, 31, 71-72, 92, 95, 112, 124, 148, 191, 326, 377, 433-434; VII 118, 263.
 Juan (el idumeo): IV 235; V 290.
 Juan (hijo de Dorcas): IV 145.
 Juan Hircano: V 259, 304, 356, 468; VI 169.
 Judas (el galileo): VII 253.
 Judas (hijo de Ari): VI 92; VII 215.
 Judas (hijo de Judas): V 534.
 Judas (hijo de Mareoto): VI 148.
 Judas (hijo de Mertón): VI 92.
 Judas (hijo de Quelcías): V 6.
 Judea: IV 406, 409, 473, 545, 550, 657; V 41; VI 2, 238; VII 163, 252.

- judíos: *passim*.
 Julia (ciudad de Perea, llamada también Betaramata): IV 438.
 Julia (ciudad de la Gaulanítide, llamada también Betsaida): IV 454.
 Juliano (centurión): VI 81-84, 88, 90.
 Juliano, Marco Antonio (procurador de Judea): VI 238.
 Júpiter Capitolino: VII 153, 218.

 Laberio Máximo: VII 216.
 Lacedemonia: VII 240, 243.
 Larcio Lépidio: VI 237.
 Lázaro: V 567.
 legado: VI 343; VII 58, 82, 91, 163.
 Legislador (= Moisés): V 401.
 Leuce: *vid.* Roca Blanca.
 Leví (padre de Juan de Giscala): IV 85.
 Levia: IV 141.
 Ley Judía: IV 99, 100, 102, 157, 182, 184, 223, 258, 348, 382; V 237, 402, 406; VI 101-102, 334; VII 150, 162, 264, 343, 357, 387.
 Líbano: V 36.
 Liberal: VI 262.
 Libia: IV 608; VII 439.
 Lida: IV 444.
 Longinos (jinete romano): V 312.
 Longo: VI 186.
 Loos (mes): VI 220, 250, 374.
 Lucio Annio: IV 487.
 Lucilio Baso: VII 163, 190, 201, 207, 209-210, 216, 252.
 Lucio: VI 188-189.
 Lupo: VII 420-421, 433.

 Mabarta: IV 449.
 macedonios: V 460, 463, 465.
 Magadato (padre de Arquelao): VI 229.
 Magasaro: V 474.
 Malaquías: VI 92.
 Manco: V 567.
 Maqueronte: IV 439, 555; VII 164, 168, 170, 191, 205, 210.
 Mar de Egipto: IV 609.
 Mar Muerto: *vid.* Asfaltitis.
 Mar Rojo: IV 608.
 Marco Antonio: *vid.* Antonio (Marco Antonio).
 Mareoto (padre de Judas): VI 148.
 María (hija de Simón): VI 201.
 Mariamme, torre de: V 170; VII 1.
 Masadá: IV 399, 404, 504, 516, 555; VII 252, 275, 285, 303, 305, 320, 387, 402, 407.
 Masbalo (padre de Ananías): V 532.
 Matías (hijo de Boeto): IV 574; V 527, 529, 531; VI 114.
 Matías (sumo sacerdote): VI 114.
 Media: VII 245.
 medos: IV 176; V 246.
 Meiros: VI 280.

- Melitene: VII 18.
 Menfis: IV 530; VII 426.
 Mendesio (distrito de Egipto): IV 639.
 Meotis (Iago): VII 244.
 Mertón (padre de Judas): VI 92.
 Mesia: IV 619, 633, 643; VII 92, 95, 117.
 Mesopotamia: IV 531.
 Moab: IV 454.
 Moisés: *vid.* Legislador.
 Monobazo (rey de Adiabene): V 252-253.
 Montaña de Hierro (en Arabia): IV 454.
 Muciano: IV 32, 495, 605, 621, 624, 632, 654; V 43.
 Mujeres, torre de las: V 55, 110.
 Nabateo (padre de Cagiras): V 474.
 Neápolis: IV 449.
 Neco (Faraón): V 379.
 Nerón: IV 440, 491 ss., 497, 623; VI 337, 341, 422.
 Nicanor: V 261.
 Nicópolis (ciudad de Egipto): IV 659.
 Níger: IV 359-363.
 Nilo: IV 608, 611, 659; V 383.
 Nínfidio: IV 492.
 Nun (padre de Jesús): IV 459.
 Occidente: VI 301.
 Octavia, Pórticos de: VII 124.
 Ofla: V 145, 254; VI 354.
 Olivos, monte de los: V 70, 135, 504; VI 157.
 Onías: VII 421, 423-424, 426-427, 431.
 Oriente: IV 614; VI 301.
 Oseas (padre de Simón): VI 148.
 Ostracine: IV 661.
 Otón: IV 494, 499, 546-548, 634.
 Palestina: V 384.
 Palomar, roca del (en Jerusalén): V 505.
 Panemo (mes): V 567; VI 22, 67, 94, 177.
 Panonia: IV 619; VII 117.
 partos: VII 105, 221, 224, 237.
 Pascua: VI 423; *vid.* también Ácimos.
 Paulino (gobernador de Egipto): VII 434.
 Pedanio (jinete romano): VI 161.
 Pelusio: IV 610, 660-661.
 Pentápolis: VII 439.
 Pentecostés, fiesta de: VI 299.
 Perea: IV 413, 439, 450; VI 202, 274.
 Peristereo: *vid.* Palomar, roca del.
 Peto: *vid.* Cesenio Peto.
 Petra: IV 454.
 Plácido: IV 57, 59-61, 410, 421, 426, 429, 433, 438-439.
 Plintina: IV 610.
 Pompeyo: V 396, 408-409, 506; VI 329, 436.
 prefecto de los campamentos: VI 237-238.

- Prisco (centurión romano): VI 175.
 procurador: VI 238; VII 216.
 profeta: IV 289, 386-388, 460, 625-626V 391; VI 109, 285-287, 300; VII 434.
 Providencia: IV 219, 366, 622; VII 82, 318, 453.
 Psefino (torre): V 55, 133, 147, 159.
 Ptolomeo VI Filométor: VII 423-426.
 Pudente: VI 172.
 Puertas de Hierro (Puertas del Caspio): VII 245.
 purificación: IV 218; VII 100, 194, 227.
 Quelcías (padre de Judas): V 6.
 Queseros, barranco de los: V 140.
 Quirino: VII 253.
 Rafanea: VII 18, 97.
 Rafia: IV 662.
 Rinocorura: IV 662.
 Roca Blanca (en Masadá): VII 305.
 Rodas: VII 21.
 Roma: IV 134, 137, 359, 493-494, 501, 549, 585-586, 588, 592, 596, 606, 631, 634, 645, 652, 656, 658; V 345; VI 358; VII 36, 63, 68, 71-74, 85, 88, 119, 157, 221, 238, 240, 243, 257, 447, 449, 454.
 romanos: *passim*.
 Rubrio Galo: VII 92.
 Rufo (soldado romano): VII 199.
 sábado: IV 99, 103; VII 52-53; *vid.* también Séptimo día.
 Sabático (río): VII 99.
 Sabino (hermano de Vespasiano): IV 645, 647, 649.
 Sabino (soldado romano): VI 54, 59, 61-62.
 Salomón: V 137, 143, 185; VI 269.
 Samaria (o Samarítide; región de Palestina): IV 449; V 50.
 Samosata: VII 224, 230.
 Samuel (padre de Fani): IV 155.
 Sanedrín: *vid.* Consejo.
 santuario del Templo: IV 150, 323, 388; V 16, 102, 184, 188, 204, 207, 211, 215, 219, 225-226, 229, 406, 412, 459, 565; VI 74, 99, 120-121, 126, 165, 240, 249, 251, 254, 261, 316, 346, 388; VII 162, 377.
Sancta Sanctorum (del Templo de Jerusalén): V 219, 236; VI 260.
 Sara: V 379.
 sármatas: VII 90, 92.
 Saúl: *vid.* Gabat Saúl.
 Sedecías: V 391.
 Seleucia: IV 2, 4.
 Senado (de Antioquía): VII 107.
 Senado (de Roma): IV 596, 600; VII 65, 121, 125.
 Semeconitis (lago): IV 2.

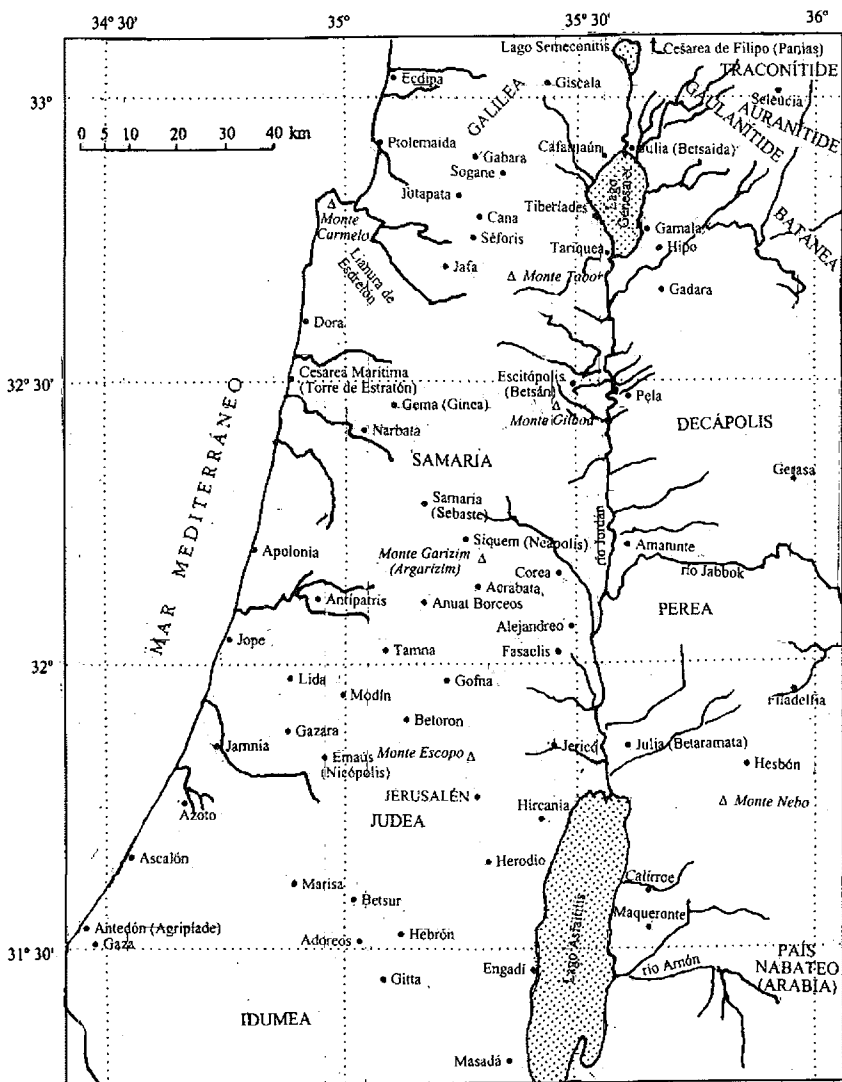
- Senaquerib: V 387.
 Sennabris: IV 455.
 séptimo día: IV 582; V 230; VII 99, 362; *vid.* también Sábado.
 Sicarios: IV 400, 516; VII 253-254, 262-263, 275, 297, 311, 410, 412, 414-415, 437, 444.
 Sidón: I 249, 361, 422, 539; II 101, 479, 504.
 Siene: IV 608, 610.
 Sifa (hijo de Aregetes): IV 141.
 Siloé, piscina de: V 140, 145, 252, 410, 505; VI 363, 401.
 Silva: VII 252, 279, 306, 310.
 Simón (hijo de Ari): VI 92, 148.
 Simón (hijo de Arino): V 250.
 Simón (hijo de Caata): IV 271; V 249; VI 148.
 Simón (hijo de Esrón): V 6.
 Simón (hijo de Gamaliel): IV 159.
 Simón (hijo de Giora): IV 353, 503, 508, 514, 516-518, 520, 522, 524-526, 529, 534, 536, 538-540, 543, 556, 558, 564, 573-574, 577, 579, 584; V 11-12, 21, 23, 104, 169, 248, 252, 266, 278, 304, 309, 322, 358, 423, 440, 455, 473, 527-528, 530-531, 534, 536-537, 540; VI 72, 92, 114, 148, 191, 227, 229, 326, 360, 377, 380, 433; VII 26, 29, 31-32, 34, 36, 118, 154, 265.
 Simón (hijo de Oseas): VI 148.
 Simón (hijo de Taceas): IV 235.
 Simón (padre de Eleazar): IV 225; V 5.
 Simón (padre de Onías): VII 423.
 sinagoga: VII 44.
 Siria: IV 32, 501, 609, 620, 662; V 2, 42, 387, 520; VI 317; VII 18, 43, 46, 59, 96, 220, 367, 423.
 sirios: IV 38; V 384-385, 550-551, 556; VII 18.
 Sodoma: IV 453, 483, 485.
 Soemo (rey de Emesa): VII 226.
 Sogane: IV 2, 4.
 Solima (antigua denominación de Jerusalén): VI 438.
 Somora: IV 454.
 Sosas (padre de Jacobo): IV 235, V 249.
 Sosio: V 398, 408; VI 436.
 sumo sacerdote: IV 147-148, 153-155, 160, 164, 238, 271, 315, 318, 347, 504, 572, 574, 582; V 36, 230, 236, 259, 304, 468, 506, 527; VI 114, 169, 389, 422; VII 267, 285, 423.
 Tabernáculos, fiesta de los: VI 300.
 Tabor: *vid.* Itabirion.
 Taceas: IV 235.
 Tamna: IV 444.
 Tanais: VII 244.
 Tanis: IV 660.

- Tariquea: IV 1-2.
- Tarso: VII 238.
- Tebas (ciudad de Egipto): VII 416.
- Técoa: IV 518.
- Templo del Becerro de Oro (junto al lago Semiconitis): IV 3.
- Templo de Isis (en Roma): VII 153.
- Templo de Jerusalén: IV 151, 162, 171-172, 181-182, 191, 196, 198, 200-201, 203, 215-216, 218, 228, 253, 261-262, 272, 277, 280, 300, 305, 311, 313, 323, 336, 343, 388, 568, 570-571, 577-578, 582; V 5, 7, 10-11, 13, 19, 22, 25, 36, 37, 67, 99-102, 104, 137, 139, 144-145, 149, 156, 184-187, 193-195, 201, 207, 209, 220, 227, 233, 237-238, 242-243, 245-246, 250, 254, 260, 278, 304, 334, 352, 356-257, 362, 383, 389, 391, 394, 397, 403, 405, 411, 416, 444, 456, 458, 517, 562-564; VI 71, 74, 82, 85, 96-97, 110, 120-121, 123, 126, 128, 130, 143, 149-150, 151, 156, 163-164, 168, 192, 216, 220, 228, 234, 238-241, 244, 248, 251-252, 258-260, 266, 268, 271, 274-275, 277-278, 280-281, 283, 285, 290, 292-295, 299-301, 309, 311, 316, 323, 325, 328, 346, 348-349, 364, 388, 390, 416, 438; VII 1, 30, 44-45, 148, 161, 218, 379, 425.
- Templo de Júpiter Capitolino (en Roma): VII 153.
- Templo de Onías (en Egipto): VII 421, 424, 427, 431-434, 436.
- Templo de la Paz (en Roma): VII 158, 160.
- Templo de Zeus Casio (en las fronteras de Egipto y Siria): IV 661.
- Terencio Rufo: VII 31.
- tesoro imperial: VII 446.
- Tesoro sagrado: V 187, 200; VI 282, 387.
- Tiberíades (ciudad de Galilea): IV 11.
- Tiberíades (lago): IV 456.
- Tiberio Alejandro: *vid.* Alejandro (Tiberio).
- Tigelino: IV 492.
- Tiridates: VII 249.
- tirios: IV 104.
- Tiropeón: *vid.* Queseros, barranco de los.
- Tito: IV 32, 70-71, 87, 92, 99, 101, 103-104, 112, 115-116, 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 251, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331,

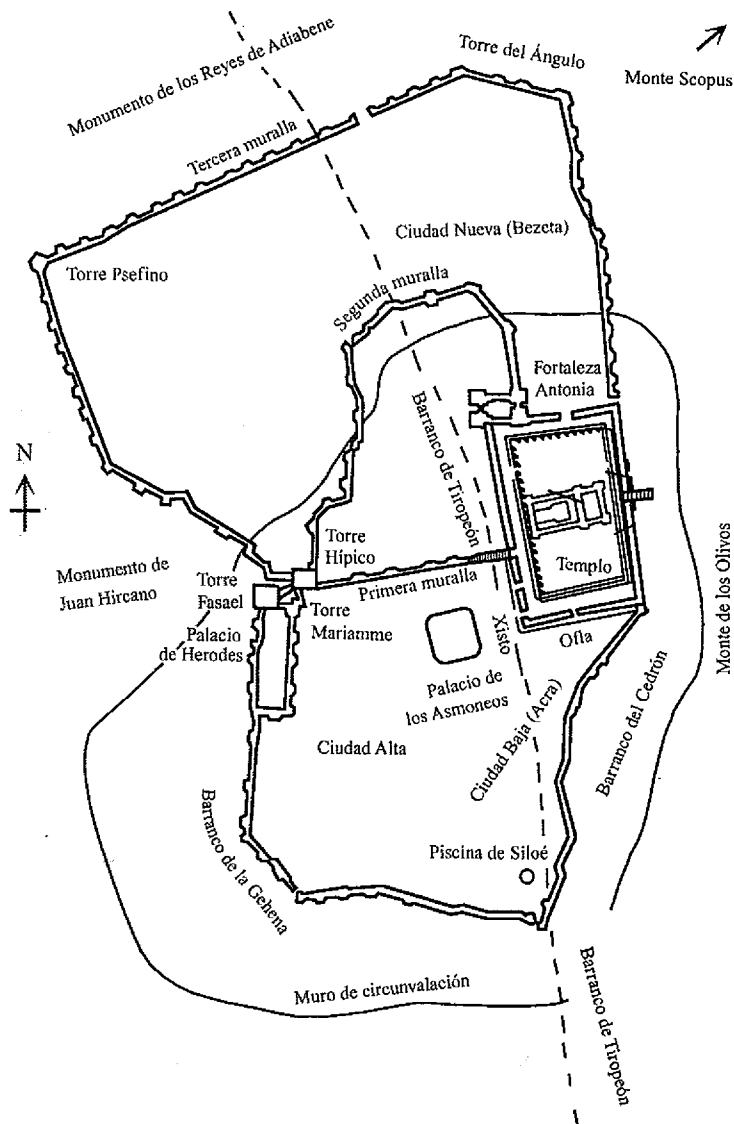
- 334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 21, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 152, 308, 450.
- Tito Frigio: VI 237.
- Tmuis: IV 659.
- toparquía: IV 444-445, 504, 511.
- Trajano (legado de la Legión X): IV 450.
- tribuno: IV 663, 640; V 48, 503; VII 131, 238.
- Valente: IV 547.
- Vespasiano: IV 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 261, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331, 334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 128, 152, 308, 450.
- Vindex: IV 440.
- Vitelio: IV 495, 546-547, 549, 586, 588-589, 594, 596, 598, 606, 619, 631, 634.
- Vologeses (rey de Partia): VII 105, 237, 242.
- Xisto: IV 581; V 144; VI 191, 325, 377.
- Yapigio, promontorio de (en el sudeste de Italia): VII 22.
- Zacarías (hijo de Anficalco); IV 225.
- Zacarías (hijo de Baris): IV 335-336, 338, 343.
- Zebedeo (padre de Jesús): VI 387.
- zelotes: IV 160, 162, 193, 197, 199, 201, 204, 209, 215-216, 218, 223, 224, 284, 291, 298, 302, 305-307, 310, 326, 340, 342, 346, 355, 363, 377, 381, 386-388, 490, 514, 538, 544,

- 556, 558, 567-568, 570, 574-575, 577-579; V 3, 5, 7, 101, 103, 250, 358, 528; VI 92, 148; VII 268, 274. Zeugma (en el Éufrates): VII 105.
Zeus Casio: IV 661.
Zoara: IV 482.
Zodiaco: V 214, 217.

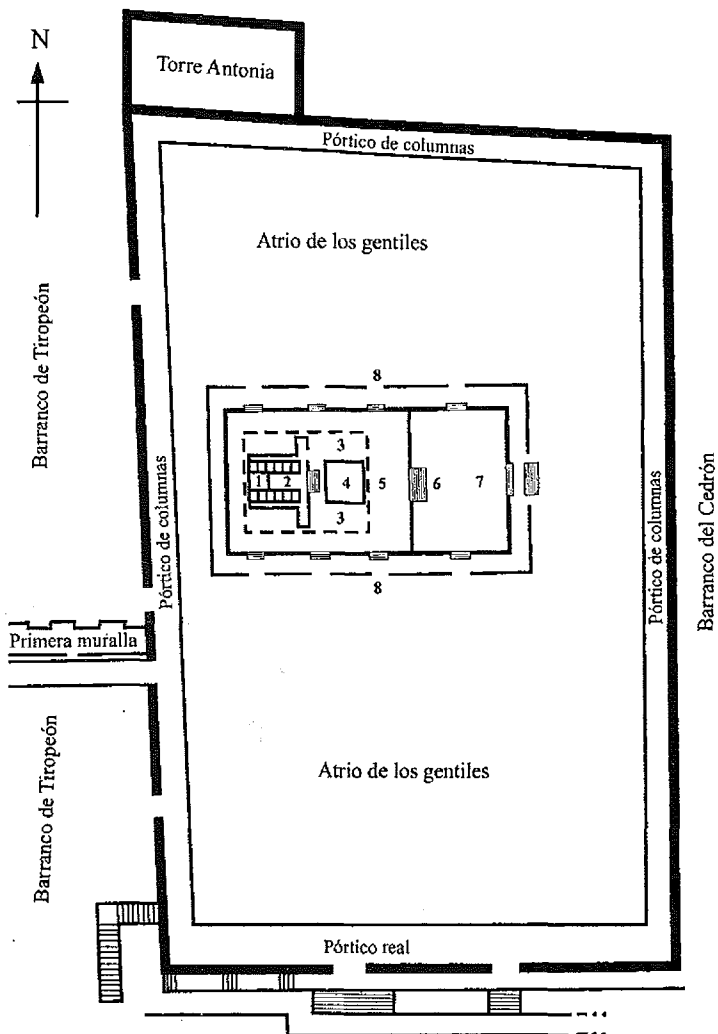
APÉNDICE



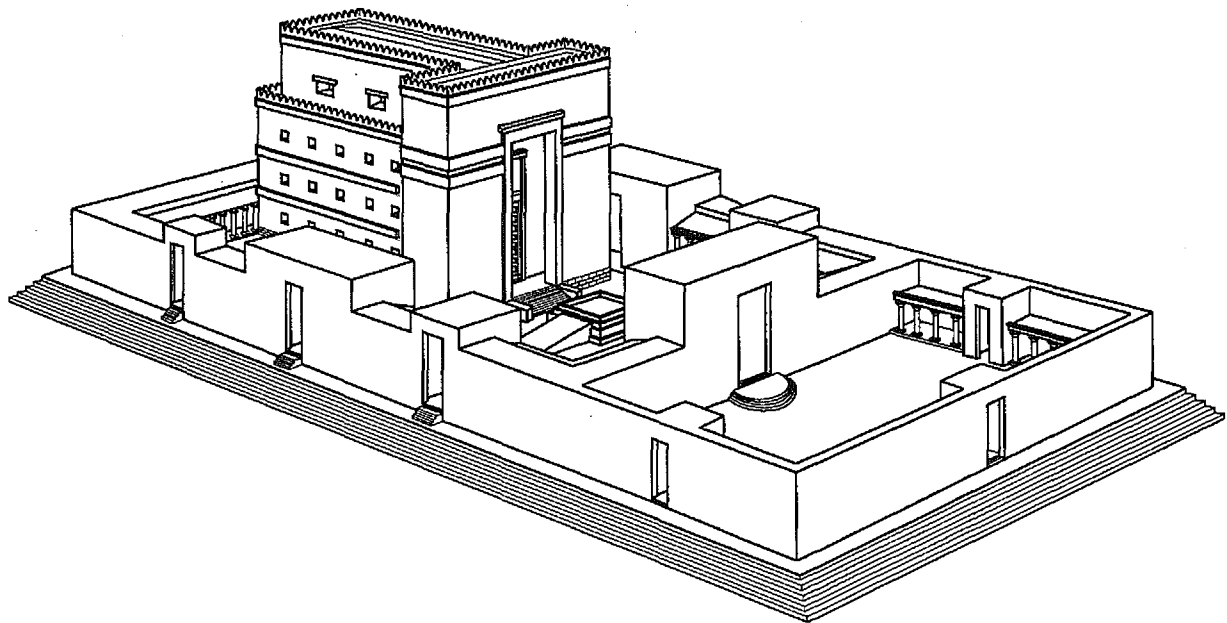
Palestina en el siglo I d. C.



Jerusalén en el año 70 d. C.



- | | |
|------------------------------|-----------------------------|
| 1 - Sancta Sanctorum | 5 - Atrio de los israelitas |
| 2 - Santuario | 6 - Puerta de Corinto |
| 3 - Atrio de los sacerdotes | 7 - Atrio de las mujeres |
| 4 - Altar de los sacrificios | 8 - Balaustrada |



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
LIBRO IV.....	7
Nota textual.....	9
Sinopsis.....	11
Texto.....	13
LIBRO V.....	127
Nota textual.....	129
Sinopsis.....	131
Texto.....	133
LIBRO VI.....	241
Nota textual.....	243
Sinopsis.....	245
Texto.....	247
LIBRO VII.....	321
Nota textual.....	323

	<u>Págs.</u>
Sinopsis.....	325
Texto.....	327
ÍNDICE DE NOMBRES.....	401
APÉNDICE.....	417